REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica — **1934** — Sábado 12 de Mayo — Núm. 18

Año XV. No. 682

SUMARIO

La crisis del espíritu y Paul Valéry

Por MAGGIE GUIRAL

= De *La Nación*, Buenos Aires, Rep. Arg. =



Paul Valéry

Según Dibujo de *Emile Bécat*

Someter a una "interview" a M. Paul Valéry me parecía una impertinencia. A un hombre como él hay que dejarle la iniciativa de explicarse o de guardar silencio. Pero esta vez el pretexto no podía ser mejor. Las recientes reuniones de las "élites" intelectuales, de las que Paul Valéry es guardián y observador, disipaban mis escrúpulos.

Aguardaba yo a M. Teste, ese monstruo de inteligencia que refleja el pensamiento de Paul Valéry como un espejo sin pulir. Pero quien apareció ante mí fué un hombre cuya sencillez absoluta me devolvió el uso de la palabra.

—¿Qué quiere usted saber?— me preguntó Paul Valéry.

—Quisiera escucharle. ¿Cuál es el motivo de esas reuniones recientes? ¿Están acaso relacionadas con los peligros de la inteligencia que ha denunciado usted varias veces ya?

—Sí. Existe actualmente un malestar general que no se limita al terreno político o económico, sino que hace sentir no menos cruelmente sus efectos en el dominio intelectual. Debo empezar por decir que por intelectuales entiendo especialmente a los que llamo yo los hombres del espíritu, esto es, a aquellos que tienen la función específica de crear obras que aumentan la conciencia del hombre o que tratan de ordenar la suma de los conocimientos humanos.

"Hasta el año 1914 había una certidumbre sobre el porvenir de la cultura. Existía una confianza que parecía inquebrantable en el desarrollo indefinido de los valores producto de la inteligencia. Ciertos principios daban la impresión de estar colocados por sobre todo intento contra ellos. Así, por ejemplo, el de la libertad de los espíritus y el de la primacía de la investigación artística, filosófica o científica".

—Como usted ha dicho ya—le interrumpo—, Europa se daba cuenta de su superioridad sobre el resto del mundo, y la atribuía en su mayor parte al vigor, la extensión y la disciplina de su espíritu.

—Existía en efecto, un espíritu europeo, resultado de la colaboración de muchas razas a lo largo de muchos siglos. La consecuencia más preciosa de esa actividad combinada ha sido la concepción del hombre moderno, a un tiempo medida de las cosas, elemento político, ente jurídico y ente metafísico.

Habla M. Paul Valéry con voz igual que no incide en el sentido de las palabras. Y, sin embargo —como ocurre en los juegos de magia—, el más sencillo de los vocabularios cobra tersura, adquiere un nuevo peso y deja en el oyente un surco brillante y hondo.

Pero si soy yo quien repite las frases de Paul Valéry, tengo la impresión de que se reducen a polvo. De ahí mi insistencia en seguir escuchándole. Porque, para mí, Paul Valéry no habla nunca bastante.

—Las circunstancias que reinan desde la guerra europea— continúa él—parecen amenazar hasta la misma existencia de ese tipo europeo, tan rico y tan complejo, engendrado por los siglos. El espíritu de los hombres de espíritu se ve amenazado, de una parte, por las condiciones económicas, que obligan a todo el mundo a dedicarse a tareas de utilidad inmediata. Y sucede luego que hasta el ritmo de la vida moderna es enemigo del espíritu, porque es enemigo del ocio. La obra apresurada substituye a la obra madurada. Además, las circunstancias políticas han hecho que en diversas regiones del mundo los intereses del Estado predominen sobre los del espíritu. Aun desde el punto de vista puramente intelectual es indudable que algo así como un desorden generalizado ha invadido los dominios de la cultura.

"Estos diversos órdenes de peligros que amenazan a las cosas del espíritu son particularmente

Misión de las "élites"

Por R. BRENES MESEN

= *Colaboración* =

En **La Nación** de Buenos Aires del domingo 4 de marzo de este año, aparece un breve artículo titulado: **La crisis del espíritu y Paul Valéry,** entrevista escrita por Maggie Guiral. En este artículo Paul Valéry establece la definición del intelectual como "el hombre del espíritu, esto es, aquel que tiene la función específica de crear obras que

(Pasa a la página siguiente)

sensibles para los europeos. Por eso hemos intentado establecer entre intelectuales de todas las naciones unos contactos y vínculos nuevos que atenúen las consecuencias del riesgo presente".

—¿Y de ahí, sin duda, la cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones, el comité de cooperación europea, los Pen Clubs?

—Sí. Se trata en el fondo de una misma idea de unión (de reunión, cuando menos) de elementos pertenecientes a las diversas ramas de la cultura. Mediante intercambios de opiniones y mediante la relación mutua nos proponemos crear una especie de orden del espíritu. Y al cabo de todos estos rodeos vengo a contestar a la primera pregunta que usted me hizo: en las últimas reuniones celebradas en París hemos acordado la fundación de una sociedad de estudio. Su finalidad es intelectual estrictamente, y no política. Dígalo usted, porque tiene mucha importancia.

Desde el comienzo de la entrevista una pregunta me quema los labios. Al despedirme de M. Paul Valéry me decido a hacerla:

—Ha hablado usted de los peligros que amenazan a la inteligencia. ¿No cree usted que las nuevas condiciones de vida (la necesidad de ir de prisa, el orden necesario, la autoridad) aportan elementos útiles al espíritu?

—De momento, no creo que lo hagan. Desde el punto de vista puramente intelectual, la necesidad de ir de prisa es más bien dañina. En cuanto a la autoridad, resulta, en efecto, necesaria, y es sobre todo la ausencia de ella lo que más me llama hoy la atención en la obra intelectual.

—¿No le parece asimismo que la vida dura y tensa que llevamos ha de conducirnos en un corto plazo a la necesidad de retornar a los goces del espíritu?

—Es posible que sí—responde.

Y la sonrisa de Paul Valéry es todo esperanzas al decirlo.

Dos poemas

= De *Rocío de Sol*.—Envío del autor =

LATITUD AGRESTE

De improviso me encuentro situado entre los árboles
en la vigorosa soledad de mi destino.
Crece el día como una rama resplandeciente de pájaros.
El camino se inclina como un brazo
para coger la hierba o el agua de una sombra.
Aquí estoy nacido como otro árbol ansioso
en el verano pródigo de la tierra sureña.
Una alegría suave me va llenando el rostro
y a cada paso el viento me abraza y me retiene.
El deseo se asoma a los ojos placentero
con el deleite simple de no entregarse ni
de temer la eterna madurez de las noches.
El canto está en todas partes que las palabras vienen
a escuchar el paisaje.
En las manos nutridas de aromas sollozantes
corren los pensamientos y se agitan lo mismo
que en los teclados, rebuscando el sonido.
Todo soy un poema que no encuentra su forma,
un cuadro de ángulos vivaces y líneas sonoras.
No sé qué buscar en mi porque todo lo tengo
y porque nada entrego.
Mi condición es simple conciencia de igualdad
en regulares tonos, como hijo de la tierra.

La Serena, Chile. 1934.

POEMA EN UN ANGULO

El invierno dejó en la montaña
un gran lirio de hielo.

Por todas partes se ve saltar al viento,
agazaparse y bailar
como los niños de la escuela.
O caer en torrente en el barranco,
o revolcarse en el pasto,
o morder el corazón de las cerezas
y después atar su cuerda
a las alas de los pájaros.

Los árboles han puesto flores nuevas
en sus columpios verdes
para que la mañana,
señorita vestida de muñeca,
venga a mecer sus sueños.

El día afina sus instrumentos
y las nubes ensayan sobre el valle
el concierto de la primera lluvia.

Buen amigo labriego,
no puede usted decirme,
¿quién ha sembrado el campo de silencio?

Fernando Binvignat

Misión de las "élites"...

(Viene de la página anterior)

aumentan la conciencia del hombre o que tratan de ordenar la suma de los conocimientos humanos".

Luego añade: "hasta el año 1914 había una certidumbre sobre el porvenir de la cultura. Existía una confianza que parecía inquebrantable en el desarrollo indefinido de los valores producto de la inteligencia. Ciertos principios daban la impresión de estar colocados por sobre todo intento contra ellos. Así, por ejemplo, el de la libertad de los espíritus y el de la primacía de la investigación artística, filosófica o científica". Las circunstancias que reinan desde la guerra europea parecen amenazar hasta la misma existencia de ese tipo europeo, tan rico y tan complejo, engendrado por los siglos...

"...Además, las circunstancias políticas han hecho que en diversas regiones del mundo los intereses del Estado predominen sobre los del espíritu. Aun desde el punto de vista puramente intelectual es indudable que algo así como un desorden generalizado ha invadido los dominios de la cultura".

Las observaciones de Paul Valéry son exactas. Pero si las asociaciones de las élites intelectuales aspiran a restaurar aquel prestigio y predominio que alcanzaron en los serenos, alcionados años que precedieron a 1914, es preciso, ante todo, investigar las causas de la situación producida después de la guerra.

Quiero apuntar una de ellas, porque, observador lejano, la miré nacer durante la guerra misma.

En el frenesí del conflicto los intelectuales de Europa no supieron, o no pudieron, o no quisieron mantenerse en la alta serenidad de sus dominios. Aquellas élites se transformaron en unidades que agitadas por las mismas pasiones de las masas pusiéronse al servicio de la política patriótica del momento. Sus talentos, su saber, sus energías perdieron mucho de la nativa originalidad y no sólo descendieron a participar en el conflicto armado sino que trataron de colorar con los acusados tintes del nacionalismo principios que en otrora habían juzgado universalmente válidos. Como si asuzados por la política patriótica pusieron no poco empeño en el descrédito de la ciencia o de los métodos de sus vecinos. Los políticos actuaban; los intelectuales justificaban esos actos y cuando un intelectual protesta a la manera de Romain Rolland se ve compelido a vivir en el destierro voluntario.

¿Qué empleo dieron los intelectuales a su predominio sobre las conciencias cultas de Europa?

¿Diéronse acaso las manos a través de las fronteras para mantener en alto la urna sagrada de la cultura que parecía amenazada de muerte?

Las mutuas admiraciones de intelectuales nacidos en una u otra orilla del Rhin se amortiguaban, desaparecían o se tornaban en desdén y encono. Los políticos y los militares absorbieron la atención de los pueblos no por la espiritual superioridad de éstos, sino porque los intelectuales habían destruído su Santo Imperio del Espíritu. Las ligas de los intelectuales serán ineficaces si su devoción por la cultura, arte, ciencia y filosofía no les pone por encima de trastornos transitorios de las pasiones que ellos mismos podrían amenguar y aun hacer desaparecer si en vez de dejarse arrastrar por los impulsos separatistas y belicosos de las muchedumbres, se empeñasen en apaciguarlas, ilustrándolas, levantándolas a la visión de los grandes principios de la cultura humana que sólo puede tener base firme sobre los valores eternos.

Northwestern University. Chicago, Ill.

Estampas

Hacer política es engañar

No perecen los partidos mientras continúen en la tradición del corsé flexible

= Colaboración =

Todavía hay quienes ponen cara de sorpresa cuando un partido cualquiera prevalecido de su mayoría numérica hace de las funciones públicas materia de combinaciones. Olvidan la antigua tradición de componendas que constituye el alma de los partidos. En cuanto aparece en ellos el anhelo de renovar surge el terrible peligro de que mengüen las "compactas mayorías" de que habla Ibsen en su drama imperecedero. Los partidos defienden su existencia y por eso juegan con las funciones públicas. La combinación es norma que salva y mientras pueda hacerse con éxito bueno nadie la contiene. Hacer política es, para los partidos, excluir al capacitado y colocar en fila de primera al zafio.

Martí que pensó tanto en su observar incesante dejó dicho: "La política, tal como se la practica ahora, ¿qué es más que mujer? Todo se hace en ella a hurtadillas, con insinuaciones, con rivalidades, con chismes: los hombres entran en ella con colorete y polvos de arroz, como las máscaras: al que asoma en ella con amor a la patria y franca lengua, lo escarnecen, lo aislan, lo acorralan, lo expulsan: ya no es coraza la que usa la política, sino corsé flexible". Terminó en los hombres de partido el espíritu viril, porque el mal del partido es que adocena. Mentira que hay aspiraciones que logren rebajar en el partidario ambiciones y codicias. Unos poquísimos trabajan realmente para dar unidad superior al partido. Pero a sus pies aparecen millares de fauces que sólo piden el reparto. Vense hombres afeminados que con todo transigen con tal que el resultado sea la combinación prevista para la granjería. No importa que la humillación abata orgullos. Ser buen político es tener la mayor flexibilidad para sacar provecho de las situaciones en general. Y hacer política es engañar. Nada nuevo afirmamos. Sólo que la sorpresa de los ingenuos en las épocas de combinaciones, vuelve a convertir en motivo de comentario el suceso vulgarísimo.

Olvidan los hombres que no ha habido nunca política que no sea insinuaciones, rivalidades, chismes. Para cerrar el campo al honrado que dice sin trabazones su parecer franco es que se ha podrido la política. No cabe en ella el censurador, el combatiente que encuentra miserable la combinación que asegura funciones altas al romo de inteligencia y de preocupaciones desinteresadas. Porque después pasa azoladora la fuerza que se parapeta en el mal funcionario y diezma a una nación. Funciones mal servidas aseguran ventajas a la multitud de pícaros ávidos del negocio oscuro.

Dijo verdad grande Martí cuando le dió como pago al que vigila y acusa, al que sirve con esmero una función, el escarnio, el aislamiento, la persecución. La política no tolera que se desentone. No perecen los partidos mientras continúen en la tradición del corsé. Significa esto la transacción perpetua, la dación de cuanto entrañe sacrificio por las cosas de la patria. Los grandes intereses que juegan con la vida de las naciones no sobrevivirían si la política dejara de ser el estercolero que es. Para aprobar leyes y contratos bochornosos son necesarios congresos uniformes. Para sacar la acusación de esos congresos precisa entregar la tribuna a unidad aleccionada dentro de las conveniencias del partido. Y son infinitas las conveniencias de un partido que cuenta con la "compacta mayoría". Generalmente está lleno de sólo conveniencias. De modo que si aparece un contrato nocivo para la nación de congreso sumiso a tales conveniencias, ese contrato impone respeto si las fuerzas interesadas lo quieren. En vano chorrearán los males. Para el hombre de partido sólo precisa salvar el partido. Lo demás será siempre accesorio. Y así como el contrato y la ley, también el funcionario. Eligen los congresos sus hombres, pero no los buscan extendiendo la mano en dirección libre. La dejan caer en sitio cercado por las conveniencias del partido. Allí están los hombres que ese partido requiere para no perecer. Es decir, allí están los hombres que transigen con la política de insinuaciones, de rivalidades, de chismes. Aparentan algunos no serlo, tener independencia. Pero mirándolos con calma encontramos la marca de la sumisión. Política de partido es siempre exclusivista. Si hay que dar funciones éstas las tendrá el hombre de cara placentera en todas las situaciones, es decir, el hombre plegadizo que marca el paso.

Porque el otro hombre, el amigo de decir la verdad, es estorbo para los partidos. Con él no avanzan, no crecen. Es imposible contar con su ayuda en los momentos grandes de un partido. Y son muchos esos grandes momentos. Cada vez que precise ayudar a una compañía extranjera a adueñarse de recursos económicos el partido pone en pie de combate a sus unidades destacadas en congresos, en senados, en ministerios, en periódicos. Con ellas se impone. Pero nada haría con el que tiene "amor a la patria y franca lengua". Este es negado a obedecer la orden que le dice que debe corear y proclamar los aciertos de esta contratación o de aquella ley vergonzosa. Es un rebelde que no detiene su palabra y censura por anhelo de que su nación no sea dañada y encadenada. Con gente así no hace obra un partido. ¿Para qué vigilar? ¿Para qué poner reparos al contrato que da tierras, que da aguas, que da rutas aéreas, que da medios de transporte? Los países tienen que abrirse y entregar a la empresa extranjera sus recursos. Sin esta conducta desembarazada no lograrán progresar. El inconforme estorba la llegada del progreso. Los partidos no pueden estar con el inconforme, porque ellos son la conformidad perfecta. Conformidad para pactar con todas las iniquidades mientras éstas aseguren granjerías y den poder y permanencia.

No hay confusión posible entre el hombre que sirve a un partido y el que es excluído por los partidos. La política es chismosa y no la hacen las almas independientes que repugnan la porquería. Vigilar para acusar no es función de partidos. Es sí función alta y por lo mismo destinada a gente sin ataduras. Nada importa que los partidos escarnezcan y acorralen al que los denuncia. Es urgente denunciar. Y para esto las naciones si quieren ser libres deben crear las generaciones sin miedo al escarnio y a la persecución de los partidos. Unico camino de defensa. Porque mientras lo que prive sea el hombre de transacción para quien lo primero es gozar de la estimación de

los jefeadores de partido que da posiciones y granjerías ninguno de los intereses altos de las naciones tendrán trato superior. La combinación excluye la posibilidad de que el espíritu no adocenado reciba funciones de gobierno. Estas pasan en su totalidad al tipo de corsé que llama Martí.

No poner entonces cara de sorpresa cuando veamos aparecer después de la pleamar de los partidos esa serie de figuras y figurillas que no tienen otro designio que el de servir fielmente las órdenes y moverse al vaivén de la política. Es lo natural allí en donde unas mayorías adiestradas en la intriga ejercen mando. Es lo natural porque esas miserias son las que dan permanencia a los partidos. De miserias están constituídos los partidos que año tras año se turnan los Gobiernos de los pueblos. Encadenamiento funesto y fatal. ¿Quién le opone la fuerza nueva que lo destruya? No hay en los pueblos organización contra el mal atroz de la política sin plano de grandeza. Da asco el espectáculo de un país cuyas funciones de dirección las controla el tipo adocenado. Pero en los más ese asco no tiene manifestaciones activas. Con lo cual la maldad continúa haciendo su destrucción en las naciones. Las combinaciones políticas quitan medios de defensa. De ellas se aprovechan las castas hechas para aliarse con los enemigos de la libertad de los pueblos. Mientras en el mando estén los sujetos que deben la posición a la política que es insinuaciones, rivalidades, chismes, el busca concesiones tiene el más grande aliado. Con él sitia a los países y adquiere dominio sobre ellos. Tristísimo espectáculo que parece prolongarse muchos años adelante. Y con él, la agonía de los países que sienten desaparecer sus poderes de liberación.

Juan del Camino

Costa Rica, mayo del 34.

Del libro "El Cristal Indígena"

= Ya publicado. Por la *Editorial América*. Quito, Ecuador. *Envío del autor.* =

y 4.—*La hoguera precursora*

(Véanse los números 13, 14 y 17 del tomo en curso)

Precursor más certero y adelantado que los otros. Ya, desde 1790, como nos lo recuerda Azpurúa, los Virreyes del Perú, México y Santa Fe y el Presidente de la Audiencia de Quito habían comunicado a la Corte de Madrid que "en la cabeza de los americanos fermentaban principios de libertad e independencia peligrosísimos para la soberanía de España". Aparte de su viaje expansivo a Colombia, la correspondencia de nuestro compatriota salvaba las distancias y prendía en lejanos países el fuego contagioso. Mantuvo relaciones políticas con personas de Lima, Santa Fe y Popayán y es de recordarse que en el año de 1794 confirió poderes universales a Luis Prieto como si se dispusiese a un viaje largo. Afirmábase entonces en el deseo de liberar a las colonias de América y su propósito se hacía de raíces profundas en la fortaleza de su pensamiento. Así en el primer grito de la independencia debió escucharse la voz del doctor autóctono que formó su doctrina libre con la influencia de los libros de los filósofos franceses, el ejemplo de la liberación de las colonias inglesas y la tremante memoria de los sucesos de la Bastilla.

Su fortuna, paradojalmente incompleta, se le anuncia, así en la política como en la obra literaria, en adivinaciones que parten desde luego desde los campos frecuentados de su conocimiento. Quiere una proclamación simultánea de la independencia en todas las sedes de los virreinatos y de las audiencias, pero ya confía en la virtud de los estados individuales, en el valor de la autonomía y se plantea, a la luz de las conquistas francesas, el panorama feliz e igualitario de la democracia y la república. Y no se queda en los límites platonianos de una ideal organización, en la cual cupieran los mejores y sobre todo los capaces. Piensa en el establecimiento de gobiernos propios, con la sola intervención de los nativos de cada colonia, sin que por esto se volvieran herméticas las fronteras y se decretara, en consecuencia, expulsión absoluta de los extranjeros. Así trata de establecer, el primero en tierras de América, la carta de la nacionalidad y de la ciudadanía. En lo económico, aboga por la distribución justa de las rentas y se atreve a tocar un problema que para la época significaba un límite al viaje de los valores: la nacionalización del clero. Si es la verdad que sólo de los procesos seguidos en contra de los hermanos Espejo se desprende con exactitud la concepción de sus planes libertadores, también es cierto que aquéllos se esbozan en gran parte de sus escritos (1).

El doctor José Mejía ha de llevar hacia las cortes de Cádiz igual bagaje de resoluciones y de promesas y las ideas de Espejo, irisándose en el fuego dialéctico del orador, han de dispararse a veces en ágiles venablos para buscar el fin de los tormentos inquisitoriales, la igualdad de los derechos de los americanos, la libertad de imprenta, la manumisión de los esclavos. La fidelidad convencida del Marqués de Selva Alegre mantendrá la tradición del Reformador y, a la postre, del saloncillo de doña Manuela Cañizares, saldrán en un día con el vuelo de la fe los próceres que se hicieron al camino breve, trágico y glorioso de los dos agostos... La poderosa exclamación del 10 es el acento, ya triunfante, de Espejo. Entonces resurge, en alegría de vencer, la reivindicadora amargura de los criollos anunciada por él desde un humilde alero de la Colonia.

—

El episodio es de los más conocidos. Tiene hasta cierto interés dramático y señala el comienzo de la obra. El 21 de octubre de 1794 aparecieron en lugares visibles de la ciudad, banderitas de color escarlata con la siguiente inscripción latina: Liber esto. Felicitatem et gloriam consequuto. Salva cruce.

Esa sentencia breve, canto elevado y rápido, hubo de fijarse después en la columna de piedra levantada en un ángulo de la plaza de Santo Domingo, para que se conservara esa leyenda romántica y brava.

¿Quiénes colocaron las banderolas del escándalo? Quizá Marcelino Pérez, el "pobre maestro de escuela" o don Vicente Peñaherrera, "hombre instruído, bachillerado en el Colegio de San Fernando, con grado en la Universidad de Santo Tomás y amigo de Espejo" (2). Detrás del primer sindicado y de aquel cuyo nombre surgió posteriormente en la causa seguida contra los

(1) Se podría tratar del socialismo de nuestro Espejo, ese sí de pureza y de aplicación a las necesidades de las colonias de América. Ni mixtificado, ni ambicioso.

(1) Muñoz Vernaza.

gestores de la revolución del 809, la mirada de las autoridades quiso descubrir al antiguo propulsor de la Escuela de la Concordia. Eran en verdad los númenes de Espejo los que se habían efundido en el Maestro Marcelino, acusado de pronto como el de las inscripciones agitadores y aun cuando no hubiese sido de su puño la letra del Salva Cruce, de la imaginación investigadora de la Audiencia no se podría separar el revoloteo de la lechuza sabia sobre las cruces elocuentes en el grito de la libertad, dicho en frase de clerecía...

Conspiraba el doctor Espejo a pesar de su aparente retraimiento y si se le veía silencioso y aplicado a la tarea de ordenar los legajos de la Biblioteca, se sospechaba de lo que inspiraría con el rasgo contraído de su pluma o con la sentencia de su charla.

Su hermano el cura Juan Pablo era su colaborador y confidente y a él debió confiar, en su totalidad, el plan de liberación de las colonias de América.

No era el cura Juan Pablo un hombre que se guardara los secretos y en tal virtud hemos de suponerle alejado del sigilo total del confesonario. No sería un padre confesor. Las pláticas de mujeres esbozarían en su mente cuadro más urgido de devolvérselo al lienzo de la descripción que aquellos en los cuales ensayaba el pincel la viveza de sus tonos en el fondo tranquilo de la época. Por lo demás, Juan Pablo—la carne flaca bajo del oscuro sayal y encandilado el ojo de amar, pese a la beata tersura del breviario—, había fortalecido una amistad con Francisca Navarrete, soltera de este vecindario a quien nos la figuramos gordezuela en la primavera forzada de los cuarenta mayos, "ancheta de caderas", como diría el Arcipreste, recatada como las dueñas al decurrir por las calles de la urbe en promesa de florecer y encendidas de ligero rubor las mejillas morenas en cuanto la campana loca de su entraña ensayaba un arrebato a la llegada del padre cura.

El clérigo Juan Pablo debió de llegar una tarde a la morada de la Navarrete, casi al derramarse el cofre del secreto y con la lengua expansiva. Habrale puesto elocuente el vino de los dinteles del año y no vaciló en volcar en el oído frágil de su amiga todos los propósitos de su hermano y es fama de que los besos no pueden cerrar sentido de mujer...

La "mozuela", como ha sido llamada con cierta piedad despectiva por González Suárez, no dió reposo al tiempo en la presteza de referir a su madre los planes de Espejo y ella, de asombro en inquietud, hizo llamar a su hijo el religioso franciscano Vicente Navarrete para revelarle todo lo que sabía, con detalles y señales.

Y el franciscano, sigiloso y en posesión del gravísimo secreto, se lo depositó, como bomba de dinamita criolla, en las manos poderosas del Presidente de la Audiencia...

Después de breves horas Muñoz de Guzmán decretaba la prisión de los dos hermanos Espejo.

El día viernes 30 de enero de 1795 penetraban en el recinto de la Biblioteca de Quito, el Presidente de la Audiencia, un sobrino suyo, el escribano Juan Ascaray y cinco soldados. El Civilizador no dejaría de adivinar el objeto de la visita y en la media luz arrojada por la llama del pabilo al pergamino de su lectura, contemplaría el paso de las sombras: una, dos, hasta siete...

La octava resbalaría, quebradiza, casi abatiendo la llama, porque la figura del Presidente, de rondón, le daría en el rostro con latigazo de nerviosas interrogaciones.

Un cabo, un sargento y un centinela de vista reforzaron la guardia y después de seis días le trasladaron a la cárcel del cuartel público.

Viernes de noche. El largo aullido de un perro agonioso taladraba el aire gélido y mientras Eugenio retorcía en sus viajes mentales un tema de soliloquio, el cura Juan Pablo pensaba en el camino de saeta de los oídos a los labios de su Francisca Navarrete.

Augusto Arias



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La mejor lección de Méjico

Por L. E. NIETO CABALLERO

= De *El Tiempo*. Bogotá =

El doctor Frank Tannenbaun, periodista americano que recorre la América Latina haciendo un estudio detenido de la cuestión agraria y que ya lleva publicadas varias obras sobre el estado del indio y sus problemas en los países meridionales, deleitó en la pasada sesión a los miembros del Club Rotario con la exposición muy animada de lo que ocurre en Méjico.

Mostró tres aspectos del problema. El primero, el agrario. ¿De quién depende, a quién pertenece la tierra? ¿De qué tamaño deben ser las propiedades? Hay Estados como el de Guanajuato, en donde asume caracteres muy agudos, porque el 96% de la población vive en las haciendas. Es de mucho empuje la reforma para redistribuir las tierras y cada día cobra mayor importancia la teoría de que quien las trabaja debe ser el dueño.

El segundo aspecto es el agrícola. Con tierras distribuídas nada puede el cultivador con su parcela, si carece de elementos para beneficiarla. Es el problema de la producción, estrechamente unido con el del crédito y con el de la cultura. Crédito agrícola, cooperativas, escuelas. En éstas se debe preparar a los futuros colonizadores para que al llegar a la edad del trabajo se encuentren provistos de lo que vale tanto o más que la tierra y que el crédito: los conocimientos.

El tercer aspecto, el más importante, dijo el doctor Tannenbaun, es el social. Las ciudades creen que son la nación y se olvidan del resto, de las inmensas mayorías que inclinadas están sobre los surcos. Hoy ya tienen descubierta los intelectuales la sencilla verdad de que existe otro Méjico. De ese descubrimiento ha salido el más formidable movimiento rural, de educación, el más intenso de América. John Dewey, el gran filósofo de los Estados Unidos, le decía al conferencista: "Esta es la escuela más vital que he conocido en el mundo".

Vasconcelos, más que nadie, tenía el genio y la fuerza moral para abrir el camino y dar empuje. A su apostólica acción, a la de sus compañeros y continuadores se debe este espectáculo espléndido: Méjico no tenía dinero para el gran movimiento educativo, que implicaba la fundación de escuelas en sesenta mil pueblos, la formación desesenta mil maestros, los elementos todos para esa obra colosal, y sin embargo acometió la reforma.

La manera fué sencilla y fué sublime. Vasconcelos envió a las principales regiones maestros-misioneros, escogidos entre los intelectuales, con este breve mensaje: apoyen la obra educativa del gobierno, dén tierra, hagan la escuela, sientan que se están incorporando en una gran transformación li-

bertadora! Y los pueblos entendieron. En el pedazo de tierra cedido por el municipio o adquirido por los particulares, las gentes trabajaban de balde. Llevaban la piedra, el ladrillo, las maderas, construían. A un indiecito le preguntó el señor Tannenbaun: "¿Por qué está sin techo la escuela?" Y él contestó con fe, con orgullo, con entusiasmo: "Se lo pondremos después de la zafra". No esperaban los labriegos sino la cosecha para ofrecer los recursos. Así se construyeron diez mil escuelas, que no le costaron al gobierno ni un solo centavo.

Es de una belleza irradiante la manera como todo se fué formando, en pequeñas poblaciones, en torno de la escuela. Una vez construído el edificio, el maestro invitó a los pobladores a cortar troncos para hacer las mesas y los bancos. Después la huerta para cosechar legumbres. Y los animales domésticos. Había que tener gallinas y pavos y conejos. Había que hacer crecer y cuidar los marranitos hasta cuando se pusieran redondos y relucientes como los de las revistas.

Así todo lo demás. El maestro los persuadió de que la escuela del pueblo era el pueblo mismo. Se improvisó arquitecto, carpintero, latonero, les fué enseñando todo y aprendiendo al mismo tiempo con quienes conocían los oficios. Se transformó la huerta en granja experimental. Trajo libros. Improvisó la banda de música. Un pueblo sin música no es un pueblo sino un hacinamiento de casas profundamente triste. Los puso a cantar. Les dijo que en la escuela debía estar el botiquín. Los indiecitos dieron de sus cosechas para comprar las drogas y adquirieron nociones de higiene y de sistemas curativos para lo indispensable.

Siguió hablando el maestro: ¿Cómo iban a vivir sin baño? Y entre todos construyeron el baño, la piscina de agua clara para el goce indecible de la frescura y del aseo. ¿Por qué no un teatro al aire libre? Hicieron el teatro. ¿Por qué no un club? La escuela se convirtió en club. Los viejos, los trabajadores después de sus faenas, iban a la escuela a conversar, a leer, a divertirse. El pueblo todo quedó concentrado en la escuela y la escuela adquirió fondos propios, suministrados por los labriegos del valor de sus cosechas, bajo la dirección cariñosa del maestro omnímodo.

Esos maestros omnímodos se van haciendo ellos mismos y han brotado como una cosecha de cerezas en Méjico. Hay que hacer maestros rurales de la tierra misma, no de la ciudad. El señor Tannenbaun conoció maestros que apenas saben leer y escribir, pero que son maestros de verdad porque tienen el espíritu. El ministro de educación, don Narciso Bassols, que es como un santo y es además el mayor educador que en toda su existencia haya visto Méjico, organizó un tipo de escuela rural con maestro, músico, arquitecto, médico, agricultor, carpintero, que formaban una misión, la cual fué y continúa yendo de pueblo en pueblo, para llevarles a todos, además del ideal, nociones de que carecen.

Ha ido la misión a enseñar sobre todo la manera de tratar a los niños, a formar maestros. Ha desplegado una actividad enorme, para iluminar cerebros, alegrar corazones, canalizar vocaciones hacia los diferentes oficios. Hay ya diez y seis escuelas normales rurales con cerca de cuatrocientos alumnos cada una. Y así ha encontrado ese gran país la fórmula para hacer fructífera la vida, económica y espiritualmente.

No hay que llevar los niños a la ciudad para educarlos, porque no regresan al pueblo. Es la lección mejicana. Los niños en la escuela rural lo hacen todo, lo producen todo. Flores, frutas, legumbres, muebles, ropa. Tienen vacas, caballos, cerdos, conejos, gallinas, que aprenden a cuidar, que aman como a seres de la familia, aun cuando sea después para comerse a algunos. Ellos mismos cocinan, aprenden oficios diferentes, se entran en la gran corriente de la vida sin sentirlo, como en un interminable juego. Todo es trabajo cooperativo. Y tienen establecida la justicia cooperativa. La escuela elige toda clase de comisiones para resolver toda clase de problemas.

La verdadera fuerza de un país como los nuestros, recordó el señor Tannenbaun, es el campo, y los niños deben levantarse en el campo y con los recursos del campo. Estos pueblos pastores y agrícolas, de feraces tierras, prácticamente desconocidas, no tienen para qué iniciarse—hablamos de la mayoría— en los misterios y en los peligros de la grande industria, arrancando a la tierra, para que se corrompan en las ciudades, a los que en ella son los imponderables creadores de felicidad y de riqueza.

John Ryan dijo: "Méjico es el único país que ha hecho algo nuevo, algo propio, en materia de educación rural". Su contribución a la humanidad por ese aspecto es muy importante. Y ese movimiento, de proporciones gigantescas, apenas lleva diez años. Allá se tiene cariño al indio, hay el orgullo del indio, la convicción profunda de que en el fondo de la raza se encuentran formidables capacidades latentes. El doctor Tannenbaun, que habla con emoción, con el mismo espíritu apostólico que admira, despertó en cuantos lo escuchamos con interés creciente un entusiasmo del cual es pálido reflejo cuanto hemos querido reconstruir en estas líneas.

Saludamos con alborozo, ante esa realización ejemplar, al gran pueblo de Méjico. La mejor lección de su vida y de su historia es esta creación de los humildes, esta creación de riqueza y de poder que brote del seno mismo de la democracia. El ministro de educación—secretario, como allá lo llaman—es un hombre que va de pueblo en pueblo, que llega a la sierra, que desciende al valle y que en todas partes comunica al indio el contagio de su fe y de su entusiasmo.

Hay más: una ley reciente, que debió entrar en vigor el 1°. de enero, dispone que todo estudiante de medicina, al terminar su carrera, ha de recorrer el país, sin otro auxilio que los viáticos, prestando gratuitamente sus servicios e instruyendo a los maestros, como pago por la educación que recibió del Estado. Hasta hoy el indiecito había nacido, vivido y muerto sin conocer al médico. Por primera vez va a tener Méjico un excelente servicio en todos los pueblos, en todas las escuelas rurales, en todas las haciendas. Y el médico aprovechará de la experiencia y del conocimiento del país, para especializarse y para radicarse allí en donde las condiciones del ambiente consulten mejor su vocación, su temperamento, su anhelo de trabajo.

Con nada, prácticamente, se ha hecho la más sensacional transformación. No hay país alguno, de los que tienen el problema del indio, del labriego, que puedan equipararse a Méjico en el calor de humanidad, en el cariñoso interés que ha puesto en su educación y en su progreso. Eso sí es apostolado. Eso sí es contribución al adelanto de la especie, al robustecimiento del ideal de patria. El señor Tannenbaun es un panegirista de esa reforma. Nosotros quisiéramos que Colombia la imitara. Miramos hacia la gran nación con santa envidia y nos descubrimos ante los nombres redentores de Bassols, de Vasconcelos, que así han logrado poner a su nación en la Vanguardia de los educadores del mundo.

Oda cíclica

= De *Pompas Solares*, poemas órficos. *Envío del autor.* Santiago de Chile. Abril del 34 =

Y vi una bestia subir de la mar que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo y sus pies como pies de oso. Y el dragón le dió su poder. (Cap. XIII. Ver. 1 y 2 de la «Revelación» de San Juan el Teólogo).

La afinación de mis sentidos
de Poeta salvaje—que sobre el polvo trémulo
me obliga a olfatear el rastro de la Vida que hüye
y a oír en el discurso de mi sangre la música del Universo—
advierte, a la distancia,
por entre el vacuo estrépito
de la Guerra en Europa,
un hálito leviatanesco,
una bocanada de abismos,
un milenario soplo de misterio,
que entenebrece el ámbito, aletarga la hora
y hace que sonambulen como fantasmas los ejércitos...

Este es un grave soplo que parece
venir de más allá de los Aedas griegos,
y de los Poetas indios,
y de los Profetas hebreos..
¡Oh vaho pavoroso, que se difunde
hasta perderse en el principio de los tiempos!
Este es el mismo soplo cálido
en que se inflaman y consumen los tres sones de la Lira de Orfeo;
éste es el mismo soplo que hace retemblar las augustas
doscientas quince mil armonías del Mahabahrata tremendo;
y éste es el mismo soplo de cóleras sacerdotales
que se siente pasar por los frondosos versículos del Pentateuco...

¡Oh cosmogónico delirio!
¡Oh estertor ramayanesco!
Batalla de batallas, que se transluce
mal envuelta entre el Velo
de Isis... Holocausto
humeante, fragoroso y patético,
en que los ríos son desangres
y los campos incendios;
y en que la Piedra de los Sacrificios,
enormemente, pesa sobre catorce hombros atléticos.

Catorce pueblos luchan.
¿Quiénes son?...
Se ven sólo
catorce rostros cadavéricos...
¿Son los Centauros y Lapitas,
que hacen chispear las Edades en un trajín pre-homérico?
¿Son los Kuravas y Pandovas,
que ruedan, con litúrgico estruendo,
por la escalinata sombría
de los indostánicos versos?
¿Son los Kuravas y Pandavas,
que en la gran biblia indígena del Popol-Vuh hermético,
como a la luz de tres antorchas,
se matan a la luz de tres ciudades locas en tres incendios?...
¿Son tal vez los Atlantes,
—(¡Padres Nuestros!)—
que en invasión como si en masa
se volcase un Océano,
tras de sí dejan, por los siglos de los siglos,
el rumor de sus pasos en las estremecidas páginas del Timeo?
¿O son los trágicos Lemures,
—Raza Raíz tercera de los dictados exegéticos—
que hacen crujir el eje de la Tierra trepidante
bajo sus estaturas de más de siete metros?...
¿O son los Hiperbóreos?...
¿O son los Primievos?...
Hombres no son acaso...
Angeles y Demonios
que combaten en un como torbellino frenético.
Demiurgos contra Shives,
Afrites persas contra Eggrégores hebreos,
Osiris y Tifones, Ormuces y Arimanes,
antagónicos dioses multiplicados en sus nietos...
¡No son dioses!
En la Guerra de Europa
mis oídos sienten vacuo el estrépito...
¿Qué son entonces los caprichos
alucinantes de ese kaleidoscopio épico?

...Por entre las complicaciones
de espirales de humo denso
—en las que se abanican alargándose
súbitas lenguas de ágil fuego—
soslaya sus figuras
una inquietante zoología de sentido esotérico.
La negra Aguila desdobla
todas sus plumas, encorvadas como alfanges quiméricos;
y el iracundo gallo
sacude el Gorro Frigio de su alta cresta en son de reto;
y el Leopardo críspase
en un rampante esfuerzo;
y el Oso blanco
sus pies gobierna con un ritmo firme y lento;
y el Aguila bicéfala
entreabre las tenazas de sus dos picos impertérritos;
y un coágulo de sangre
brilla en la torva media-luna del bosfórico Cuerno.

(El gallo canta por tres veces en el Inri
del patibulario madero;
y Leopardo y Aguila y Oso
y Unicornio, revueltos,
mienten trazos de la visión que surge
del libro de los siete sellos...)

Y el joven León belga
muerde su cola en un nervioso y emblemático gesto;
y el lusitano Gerifalte
abre las alas añorando sus históricos vuelos;
y la capitolina Loba
aúlla enferma de heroísmos pretéritos;
y los balkánicos tigrillos
hacen rechinar sus dientes coléricos;
y la gran Sierpe roja,
enroscada en el centro
de la bandera asiática,
lanza un silbido amenazador y profético...

Repentino el afán hierve de brutos que azuzaron
las guerras de todos los tiempos;
y se confunden, en lo obscuro,
los potros de Alejandro y los camellos
de Aníbal con los blancos elefantes de Ciro
y con las fieras, orgullosas de sus pelajes pintorescos,
que acompasadamente desfilaban
por delante de los ejércitos,
en las vetustas civilizaciones
de monumentales Asirios y de astrológicos Caldeos...
Y el maremágnum se prolonga
en las evocaciones de las faunas de ensueño;
las serpientes con plumas, y los toros con alas,
y los bimanos con cabeza de murciélago...
Es una epopeya de trasgos,
es una gigantomaquia de espectros,
vista al través del opio
de una pesadilla de pueblos!

Tal la alegoría de las brutalizadas pasiones,
bajo las que se siente jadear el resuello
con que se anuncia, en los siglos, el monstruo
de las siete cabezas, las cuatro garras y los diez cuernos...
Y los diez cuernos luchan
contra las cuatro garras, como en el suicidio epiléptico
de una bestia que se despedazase,
encerrada entre círculos fantásticos de Tiniebla y de Fuego...

Súbito, como
si brotase del cielo,
mécese y gira sobre la bestia moribunda,
pájaro gigantesco,
que entre las garras blande el rayo
como olímpico cetro
y entre el pico desgrana
cuarenta y ocho estrellas en la emoción de un lienzo.
Y este gran pájaro solemne,
al retorcer las espirales de su vuelo
sobre las resonantes palpitaciones de la bestia,
va dejando caer la abrumadora meditación de su silencio...

Esto es lo que recoge la afinación de mis sentidos
de Poeta salvaje—que sobre el polvo trémulo
me obliga a olfatear el rastro de la Vida que hüye
y a oír en el discurso de mi sangre la música del Universo!

José Santos Chocano

bertadora! Y los pueblos entendieron. En el pedazo de tierra cedido por el municipio o adquirido por los particulares, las gentes trabajaban de balde. Llevaban la piedra, el ladrillo, las maderas, construían. A un indiecito le preguntó el señor Tannenbaun: "¿Por qué está sin techo la escuela?" Y él contestó con fe, con orgullo, con entusiasmo: "Se lo pondremos después de la zafra". No esperaban los labriegos sino la cosecha para ofrecer los recursos. Así se construyeron diez mil escuelas, que no le costaron al gobierno ni un solo centavo.

Es de una belleza irradiante la manera como todo se fué formando, en pequeñas poblaciones, en torno de la escuela. Una vez construído el edificio, el maestro invitó a los pobladores a cortar troncos para hacer las mesas y los bancos. Después la huerta para cosechar legumbres. Y los animales domésticos. Había que tener gallinas y pavos y conejos. Había que hacer crecer y cuidar los marranitos hasta cuando se pusieran redondos y relucientes como los de las revistas.

Así todo lo demás. El maestro los persuadió de que la escuela del pueblo era el pueblo mismo. Se improvisó arquitecto, carpintero, latonero, les fué enseñando todo y aprendiendo al mismo tiempo con quienes conocían los oficios. Se transformó la huerta en granja experimental. Trajo libros. Improvisó la banda de música. Un pueblo sin música no es un pueblo sino un hacinamiento de casas profundamente triste. Los puso a cantar. Les dijo que en la escuela debía estar el botiquín. Los indiecitos dieron de sus cosechas para comprar las drogas y adquirieron nociones de higiene y de sistemas curativos para lo indispensable.

Siguió hablando el maestro: ¿Cómo iban a vivir sin baño? Y entre todos construyeron el baño, la piscina de agua clara para el goce indecible de la frescura y del aseo. ¿Por qué no un teatro al aire libre? Hicieron el teatro. ¿Por qué no un club? La escuela se convirtió en club. Los viejos, los trabajadores después de sus faenas, iban a la escuela a conversar, a leer, a divertirse. El pueblo todo quedó concentrado en la escuela y la escuela adquirió fondos propios, suministrados por los labriegos del valor de sus cosechas, bajo la dirección cariñosa del maestro omnímodo.

Esos maestros omnímodos se van haciendo ellos mismos y han brotado como una cosecha de cerezas en Méjico. Hay que hacer maestros rurales de la tierra misma, no de la ciudad. El señor Tannenbaun conoció maestros que apenas saben leer y escribir, pero que son maestros de verdad porque tienen el espíritu. El ministro de educación, don Narciso Bassols, que es como un santo y es además el mayor educador que en toda su existencia haya visto Méjico, organizó un tipo de escuela rural con maestro, músico, arquitecto, médico, agricultor, carpintero, que formaban una misión, la cual fué y continúa yendo de pueblo en pueblo, para llevarles a todos, además del ideal, nociones de que carecen.

Ha ido la misión a enseñar sobre todo la manera de tratar a los niños, a formar maestros. Ha desplegado una actividad enorme, para iluminar cerebros, alegrar corazones, canalizar vocaciones hacia los diferentes oficios. Hay ya diez y seis escuelas normales rurales con cerca de cuatrocientos alumnos cada una. Y así ha encontrado ese gran país la fórmula para hacer fructífera la vida, económica y espiritualmente.

No hay que llevar los niños a la ciudad para educarlos, porque no regresan al pueblo. Es la lección mejicana. Los niños en la escuela rural lo hacen todo, lo producen todo. Flores, frutas, legumbres, muebles, ropa. Tienen vacas, caballos, cerdos, conejos, gallinas, que aprenden a cuidar, que aman como a seres de la familia, aun cuando sea después para comerse a algunos. Ellos mismos cocinan, aprenden oficios diferentes, se entran en la gran corriente de la vida sin sentirlo, como en un interminable juego. Todo es trabajo cooperativo. Y tienen establecida la justicia cooperativa. La escuela elige toda clase de comisiones para resolver toda clase de problemas.

La verdadera fuerza de un país como los nuestros, recordó el señor Tannenbaun, es el campo, y los niños deben levantarse en el campo y con los recursos del campo. Estos pueblos pastores y agrícolas, de feraces tierras, prácticamente desconocidas, no tienen para qué iniciarse—hablamos de la mayoría— en los misterios y en los peligros de la grande industria, arrancando a la tierra, para que se corrompan en las ciudades, a los que en ella son los imponderables creadores de felicidad y de riqueza.

John Ryan dijo: "Méjico es el único país que ha hecho algo nuevo, algo propio, en materia de educación rural". Su contribución a la humanidad por ese aspecto es muy importante. Y ese movimiento, de proporciones gigantescas, apenas lleva diez años. Allá se tiene cariño al indio, hay el orgullo del indio, la convicción profunda de que en el fondo de la raza se encuentran formidables capacidades latentes. El doctor Tannenbaun, que habla con emoción, con el mismo espíritu apostólico que admira, despertó en cuantos lo escuchamos con interés creciente un entusiasmo del cual es pálido reflejo cuanto hemos querido reconstruir en estas líneas.

Saludamos con alborozo, ante esa realización ejemplar, al gran pueblo de Méjico. La mejor lección de su vida y de su historia es esta creación de los humildes, esta creación de riqueza y de poder que brote del seno mismo de la democracia. El ministro de educación—secretario, como allá lo llaman—es un hombre que va de pueblo en pueblo, que llega a la sierra, que desciende al valle y que en todas partes comunica al indio el contagio de su fe y de su entusiasmo.

Hay más: una ley reciente, que debió entrar en vigor el 1°. de enero, dispone que todo estudiante de medicina, al terminar su carrera, ha de recorrer el país, sin otro auxilio que los viáticos, prestando gratuitamente sus servicios e instruyendo a los maestros, como pago por la educación que recibió del Estado. Hasta hoy el indiecito había nacido, vivido y muerto sin conocer al médico. Por primera vez va a tener Méjico un excelente servicio en todos los pueblos, en todas las escuelas rurales, en todas las haciendas. Y el médico aprovechará de la experiencia y del conocimiento del país, para especializarse y para radicarse allí en donde las condiciones del ambiente consulten mejor su vocación, su temperamento, su anhelo de trabajo.

Con nada, prácticamente, se ha hecho la más sensacional transformación. No hay país alguno, de los que tienen el problema del indio, del labriego, que puedan equipararse a Méjico en el calor de humanidad, en el cariñoso interés que ha puesto en su educación y en su progreso. Eso sí es apostolado. Eso sí es contribución al adelanto de la especie, al robustecimiento del ideal de patria. El señor Tannenbaun es un panegirista de esa reforma. Nosotros quisiéramos que Colombia la imitara. Miramos hacia la gran nación con santa envidia y nos descubrimos ante los nombres redentores de Bassols, de Vasconcelos, que así han logrado poner a su nación en la Vanguardia de los educadores del mundo.

Oda cíclica

= De *Pompas Solares*, poemas órficos. *Envío del autor.* Santiago de Chile. Abril del 34 =

Y vi una bestia subir de la mar que tenía siete cabezas y diez cuernos. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo y sus pies como pies de oso. Y el dragón le dió su poder. (Cap. XIII. Ver. 1 y 2 de la «Revelación» de San Juan el Teólogo).

La afinación de mis sentidos
de Poeta salvaje—que sobre el polvo trémulo
me obliga a olfatear el rastro de la Vida que hüye
y a oír en el discurso de mi sangre la música del Universo—
advierte, a la distancia,
por entre el vacuo estrépito
de la Guerra en Europa,
un hálito leviatanesco,
una bocanada de abismos,
un milenario soplo de misterio,
que entenebrece el ámbito, aletarga la hora
y hace que sonambulen como fantasmas los ejércitos...

Este es un grave soplo que parece
venir de más allá de los Aedas griegos,
y de los Poetas indios,
y de los Profetas hebreos..
¡Oh vaho pavoroso, que se difunde
hasta perderse en el principio de los tiempos!
Este es el mismo soplo cálido
en que se inflaman y consumen los tres sones de la Lira de Orfeo;
éste es el mismo soplo que hace retemblar las augustas
doscientas quince mil armonías del Mahabahrata tremendo;
y éste es el mismo soplo de cóleras sacerdotales
que se siente pasar por los frondosos versículos del Pentateuco...

¡Oh cosmogónico delirio!
¡Oh estertor ramayanesco!
Batalla de batallas, que se transluce
mal envuelta entre el Velo
de Isis... Holocausto
humeante, fragoroso y patético,
en que los ríos son desangres
y los campos incendios;
y en que la Piedra de los Sacrificios,
enormemente, pesa sobre catorce hombros atléticos.

Catorce pueblos luchan.
¿Quiénes son?...
Se ven sólo
catorce rostros cadavéricos...
¿Son los Centauros y Lapitas,
que hacen chispear las Edades en un trajín pre-homérico?
¿Son los Kuravas y Pandovas,
que ruedan, con litúrgico estruendo,
por la escalinata sombría
de los indostánicos versos?
¿Son los Kuravas y Pandavas,
que en la gran biblia indígena del Popol-Vuh hermético,
como a la luz de tres antorchas,
se matan a la luz de tres ciudades locas en tres incendios?...
¿Son tal vez los Atlantes,
—(¡Padres Nuestros!)—
que en invasión, como si en masa
se volcase un Océano,
tras de sí dejan, por los siglos de los siglos,
el rumor de sus pasos en las estremecidas páginas del Timeo?
¿O son los trágicos Lemures,
—Raza Raíz tercera de los dictados exegéticos—
que hacen crujir el eje de la Tierra trepidante
bajo sus estaturas de más de siete metros?...
¿O son los Hiperbóreos?...
¿O son los Primievos?...
Hombres no son acaso...
Angeles y Demonios
que combaten en un como torbellino frenético.
Demiurgos contra Shives,
Afrites persas contra Eggrégores hebreos,
Osiris y Tifones, Ormuces y Arimanes,
antagónicos dioses multiplicados en sus nietos...
¡No son dioses!
En la Guerra de Europa
mis oídos sienten vacuo el estrépito...
¿Qué son entonces los caprichos
alucinantes de ese kaleidoscopio épico?

...Por entre las complicaciones
de espirales de humo denso
—en las que se abanican alargándose
súbitas lenguas de ágil fuego—
soslaya sus figuras
una inquietante zoología de sentido esotérico.
La negra Aguila desdobla
todas sus plumas, encorvadas como alfanges quiméricos;
y el iracundo gallo
sacude el Gorro Frigio de su alta cresta en son de reto;
y el Leopardo críspase
en un rampante esfuerzo;
y el Oso blanco
sus pies gobierna con un ritmo firme y lento;
y el Aguila bicéfala
entreabre las tenazas de sus dos picos impertérritos;
y un coágulo de sangre
brilla en la torva media-luna del bosfórico Cuerno.

(El gallo canta por tres veces en el Inri
del patibulario madero;
y Leopardo y Aguila y Oso
y Unicornio, revueltos,
mienten trazos de la visión que surge
del libro de los siete sellos...)

Y el joven León belga
muerde su cola en un nervioso y emblemático gesto;
y el lusitano Gerifalte
abre las alas añorando sus históricos vuelos;
y la capitolina Loba
aúlla enferma de heroísmos pretéritos;
y los balkánicos tigrillos
hacen rechinar sus dientes coléricos;
y la gran Sierpe roja,
enroscada en el centro
de la bandera asiática,
lanza un silbido amenazador y profético...

Repentino el afán hierve de brutos que azuzaron
las guerras de todos los tiempos;
y se confunden, en lo obscuro,
los potros de Alejandro y los camellos
de Aníbal con los blancos elefantes de Ciro
y con las fieras, orgullosas de sus pelajes pintorescos,
que acompasadamente desfilaban
por delante de los ejércitos,
en las vetustas civilizaciones
de monumentales Asirios y de astrológicos Caldeos...
Y el maremágnum se prolonga
en las evocaciones de las faunas de ensueño;
las serpientes con plumas, y los toros con alas,
y los bimanos con cabeza de murciélago...
Es una epopeya de trasgos,
es una gigantomaquia de espectros,
vista al través del opio
de una pesadilla de pueblos!

Tal la alegoría de las brutalizadas pasiones,
bajo las que se siente jadear el resuello
con que se anuncia, en los siglos, el monstruo
de las siete cabezas, las cuatro garras y los diez cuernos...
Y los diez cuernos luchan
contra las cuatro garras, como en el suicidio epiléptico
de una bestia que se despedazase,
encerrada entre círculos fantásticos de Tiniebla y de Fuego...

Súbito, como
si brotase del cielo,
mécese y gira sobre la bestia moribunda,
pájaro gigantesco,
que entre las garras blande el rayo
como olímpico cetro
y entre el pico desgrana
cuarenta y ocho estrellas en la emoción de un lienzo.
Y este gran pájaro solemne,
al retorcer las espirales de su vuelo
sobre las resonantes palpitaciones de la bestia,
va dejando caer la abrumadora meditación de su silencio...

Este es lo que recoge la afinación de mis sentidos
de Poeta salvaje—que sobre el polvo trémulo
me obliga a olfatear el rastro de la Vida que hüye
y a oír en el discurso de mi sangre la música del Universo!

José Santos Chocano

Idealismo colombiano

Por LUIS LOPEZ DE MESA

= De *El Tiempo*. Bogotá. =



(Envío de *Mr. Frank Tannenbaun*. Bogotá, marzo, 1934.)

Dicen los intérpretes de la historia de Colombia que este pueblo ha seguido, por inescrutable impregnación, las huellas ideales de generosidad que dejó de su vida asendereada y hazañosa el conquistador y poblador suyo don Gonzalo Jiménez de Quesada, de quien se sabe que ordenó un legado para que perennemente se mantuviese un cántaro de agua fresca en un sitio de la ruta de Tocaima donde más apura la sed a los viajeros que transitan aquella abrasada región, entonces yerma.

¿A dónde está la prueba de este idealismo colombiano?

Colombia siguió alborozada la empresa de Simón Bolívar en su afán de liberación de Venezuela, cuando él obtuvo por boca de nuestro gran Camilo Torres una consagración de hombre genial en un rapto de adivinación, entonces inverosímil y un si es no es contradictorio de la realidad escueta. Y le siguió luego a las remotas regiones del Sur en misión fraternal que le arruinaba heroicamente, sin vacilar en ello, a pesar de que sus hijos más adiestrados en la conducta de los pueblos y en el entendimiento de una obra de tamaña magnitud preveían graves compromisos futuros para nuestra nacionalidad incipiente y pobre.

Deseó constantemente la libertad del mundo latinoamericano. Quiso emprender la de Cuba y Puerto Rico al terminar su propia guerra de emancipación, y sólo se detuvo ante la previsora contrariedad que interpusieron los Estados Unidos.

Firme fué siempre su actitud en defensa de la democracia de América: Hacia 1826 aparece casi sola en el sostenimiento de las normas electivas y representativas, aun a pesar de ciertas veleidades de los caudillos victoriosos de aquella época, y cuando los grandes países de la América Latina se inclinaron a formas imperiales, a "cesarismos democráticos" y a oligarquías de casta. Esa misma posición asume en 1930, cuando el mundo encauza sus ilusiones en el señuelo de las dictaduras del socialismo de estado y de los superhombres, cuando casi en todo el Continente se rompen los hilos de normalidad constitucional. Es una vocación consciente de nuestro grupo racial, pues así lo han definido todos sus conductores, desde el alba misma de la emancipación, cuando Francisco de Paula Santander lo expresó con impoluta diafanidad: "Si las armas nos han dado la independencia, sólo las leyes nos darán la libertad".

En varias ocasiones he hablado de uno a modo de "sino" geográfico de los pueblos, y en este instante me sorprende de la memoria de que en el sitio donde hoy se asienta Bogotá, el año de 1538 el padre de nuestra nación, mariscal y jurisconsulto a la vez, cuando en tantas partes los conquistadores partían el sol a estocadas, dirimió su pleito de primacía con Federmann y Belalcázar sin efusión de sangre, dentro de la justicia y la gentileza a que constantemente aspiraría más tarde la República ya definida y emancipada

Fué noble en su interpretación de la soberanía de todos los países latinoamericanos: Cuando Estados Unidos apoyaron la invasión que hizo Guillermo Walker a Nicaragua, nuestra cancillería, entonces al cuidado de dos de nuestros más preclaros varones, Manuel María Mallarino y Lino de Pombo, presentó a la Casa Blanca una bella nota de protesta (1856) que con medio siglo de anticipación lamentaba para otro país inerme y diminuto el procedimiento que Roosevelt habría de aplicarle a ella ante el silencio casi unánime del mundo.

Llevada de ese mismo anhelo de confraternidad decretó en 1865 honores a Benito Juárez, cuando éste luchaba contra la intervención napoleónica en tierras de México.

Franca fué también su actitud cuando a mediados del siglo XIX España amenazó de nuevo la independencia del Perú.

Ni amó menos la justicia que la libertad americana: Veinte años antes que los Estados Unidos alcanzasen por las armas la separación de Cuba del dominio español, nuestro presidente Murillo Toro trataba de obtenerla mediante amistoso compromiso, en que a cambio de ella el tesoro de las naciones libres de América indemnizase a España equitativamente. ¡Bella redención que hubieran alabado los siglos!

Este mismo espíritu de justicia condujo a nuestro pueblo a un acto insólito en 1870, pues como quiera que varias naciones muy poderosas atacasen a la pequeña República del Paraguay, remota por su situación geográfica, y como viese que la estaban prácticamente aniquilando, declaró por la ley 78 de aquel año que los paraguayos serían en adelante ciudadanos de Colombia. Quisieron nuestros abuelos que si a un pueblo hermano se lo privaba de su querida patria la tuviese en nuestro territorio sin limitación ni tramitación ninguna. Puede ser ello un gesto romántico, más a nosotros nos alimenta la dignidad con un sentimiento irrevocable de orgullo. Aun antes, en nota memorable, Rojas Garrido, entonces ministro de relaciones exteriores (1867), manifestó estos sentimientos colombianos al Imperio del Brasil, y fué escuchado en él con mucha estimación.

Un amor por las normas de la americanidad que condujo a la celebración de muchos actos para una anfictionía americana, según el pensamiento rector del Congreso Internacional de Panamá de 1826, mediante el impulso de Bolívar, noble antecedente de la actual Liga de Naciones, marchitado en cierne por la discreta política internacional de Washington.

Vocación de americanidad tan firme que una centuria después nuestro presidente Marco Fidel Suárez elevó a la categoría de doctrina ideal la preeminencia de este sentimiento de fraternidad sobre las disputas de territorio, dando al "uti possidetis" de 1810 una ampliación sentimental, desconcertante y bella.

Y que nunca fué excepcional entre nosotros, pues que aparece con frecuencia en el siglo de vida independiente que hemos andado: anhelo de justicia tan entrañable y puro que llevó a nuestro presidente Francisco Javier Zaldúa a dictar a su canciller Quijano Waliis una minuta de órdenes para nuestro representante diplomático doctor Aníbal Galindo, en el pleito que entonces (1882) sosteníamos con Venezuela, tan elevada que la hubiese firmado Jesucristo: "En suma, el Presidente, como jefe de la Nación, sentiría menos por su parte la pérdida total o parcial del pleito que el sonrojo de que la República se viera expuesta a rectificaciones y confrontaciones que pusieran en duda la lealtad de su palabra y de su proceder". Medio siglo antes (1832), a tiempo de morir exclamaba el doctor José Félix de Restrepo, maestro venerando de nuestra legalidad: "Si es necesario cometer

(Pasa a la página 287)

El cacao del año

Por MAGON

= *Colaboración*. Washington, D. C. Febrero 11, 1934. =

No era como silbar a caballo ni como nadar con un pie en el fondo, la delicadísima tarea de alistar el cacao molido para todo el año. ¡Qué va!, era asunto bien difícil que exigía tres ineludibles condiciones: cacao de buena calidad, sazón, bien beneficiado, parejo y sano; que la molienda la hiciera persona experta, Doctora en Chocolate; y que los sabrosos y aromáticos **churretes** solidificados se conservaran entre hojas de plátano tiernas y soasadas y en arcón de cedro bien cerrado y ubicado en despensa fresca y seca.

Y caso que aun no se haya escrito un erudito Tratado sobre la Preparación y Conservación del Chocolate, escarbo en los rincones de mi ya flaca memoria, pues allá en mi niñez fuí actor y testigo de tan interesante faena. Y como no intento editar el Tratado, bien puede hacerlo por su cuenta quien así lo disponga; y que buena pro le haga!

Mi abuela doña Chanita, era señora adinerada; dueña de casa y solar grandes, tenía acreditado establecimiento de comercio y se afanaba porque en su despensa no faltaran, en abundancia, las necesarias provisiones de boca para nuestra numerosa familia. Y como en aquellos años quien no se proveía con debida antelación, o se tenía que privar del artículo o estaba forzado a pagarlo malo y caro, **Chanita**, que no era de las que se dejaban soplar la dama, se aprovisionaba con tiempo.

Ese día fresco y claro de verano, llegaron de las **chacras** de Matina unas cuantas cargas de theobroma odorata, vulgo cacao, que se habían salvado de los piratas indios de la Mosquitia que con harta frecuencia invadían los cacaotales. Las mulas que las portaban habían recorrido las treinta y tantas leguas por **picadas** entre los bosques vírgenes, por la vereda mandada abrir por el Presidente don Jesús Jiménez, de gratísima memoria, vadeando ríos caudalosos, bordeando abismos, metiéndose entre fangales hasta los ijares, y todo durante no menos de tres semanas, cuando les iba bien.

Una carga, compuesta de dos amplios zurrones de cuero sin curtir, se destinó para la molienda casera; las otras se almacenaron en la trastienda de la pulpería para la venta a granel. Y sin pérdida de tiempo se me encomendó llevar recado a Ña Estéfana, la Sumo Sacerdotisa Chocolatera, a fin de que, en el término de la distancia, se apersonara en casa con sus avíos.

—Pero me dejan ir descalzo, porque estos zapatos me hacen vejigas en los calcañares y tienen tamaño clavo en el talón.

Aprobada mi moción, saqué mi caballo de palo de un rincón de mi cuarto, le alisé una desastilladura que hubiera podido romperme los calzones de **cotín** azul y aun maltratarme ciertas partes; me zafé los zapatos, monté mi brioso corcel de **varejón** de café con cabeza de cuero hípica y me lancé caracoleando zaguán afuera; de un salto me planté



(Ilustración de *F. Amighetti*).

en la acera y eché hacia el Norte a galope desbocado; al llegar a la Calle Central, sofrené la bestia, torcí a la derecha y a trote moderado recorrí las cinco cuadras y media que me separaban de la casucha de Ña Estéfana. Vivía la vieja en una de las piezas edificadas en una zanja, al costado septentrional del muro de retención que se construyó para el relleno de la Cuesta de Moras.

A las tres veces de golpear la desvencijada puerta con el regatón de mi cabalgadura, se oyó un **Ya va!!!** del interior y a poco apareció Ña Estéfana, más brava que un toro **guaco.**

—¡Por qué no botaste la puerta con un zacho!... ¡malcriao! ¿Qu'es la precisa? ¿Quién se está muriendo en tu casa?...

—Como nadie respondía, creyí qu' estaba en el solar y como la **céquia** hace tanto bochinche, pa que oyera...

—Sí, estaba allá ajuera, pero estaba..., bueno, en lo que no te importa. ¿Qué se te ofrece?

Dí mi recado con la precisión que de muchacho me era característica y, recibida la respuesta, torné riendas a mi inquieto corcel; a poco enfilé hacia la Plazoleta de la Soledad en donde se me reunieron dos perros amigos, torcí al oeste, cuesta abajo hasta la Quebrada de los Arias y luego cuesta arriba, pasando por frente a casas y solares de buenas gentes conocidas de donde salieron otros perros a engrosar la cabalgata y paré en raya en la puerta de mi hogar. Caballo, caballero y canes entramos de **rondón** por el zaguán y fuimos en busca de mi abuelita quien estaba en el corredor interior haciendo preparativos para limpiar las hermosas piedras de granito, los indígenas metates, que habían de servir para la molienda del cacao.

—Dijo Ña Estéfana que bueno, que...

—¿Y este chorro de perros? Yo no te mandé a recoger sarnosos; los vas sacando todos a la calle ahorita mismo. ¿Por qué no te los llevás a la sala para que se entretengan? ¿Qué será que vos nada hacés al derecho? ¡Sus, vagabundos, afuera...!

—Sultán, Merengue, Panocha, Chonete, Melcocha... Fííííí... y a mi silbido todos acudieron y me siguieron hasta la calle en donde los dejé con sendas lenguas de fuera, pero sin dárseles un pito del mal recibimiento que mi abuela les hizo; cerré la puerta y regresé a cumplir mi cometido.

—Ah, pues dijo Ña Estéfana que mañana no puede venir porque ya está comprometida onde las niñas Gutierritas, pero que **pasomañana** a las siete en punto la espere y que le aliste los trastes y la canela y la jamaica y el clavo y la vainilla y las hojas de plátano, pero de las de candela, y que... ¿qué otra cosa?... Ya se me olvidó la otra cosa que me dijo... el... el... el...

—Muchacho más tonto en mi vida he visto! Por andar con ese palo y ese chorro de perros! Pues ahora se sienta en esa banca y no se mueve hasta que se acuerde...

—Pero es que tengo ganas de...

—Pues aguántelas; de ahí no se menea hasta que se acuerde!

—Trastes... canela... vainilla... clavo... jamaica.. canela... no, ya lo dije;... jamaica... no, también ya la dije: ¿qué sería?... Ah, sí, de cobre, una cosa de cobre con un nombre muy enredao...

—Eh, niña Chanita, pos el almirez, dijo Manuela, la cocinera, mi paño de lágrimas, mi saca de apuros, quien siempre acudía en mis horas de tribulación.

—Eso, eso era! el almirez de cobre!...

Y salí disparado hacia el final del solar y escondido detrás de una frondosa mata de azul, siempre a caballo, satisfice mi necesidad, volviendo en apresurado galope hasta mi cuarto, en donde alojé mi brioso rocinante.

Ese día, conforme a lo prometido, se apareció Ña Estéfana, a las siete un poco largas, provista de sus trebejos que eran: balancilla hechiza semejante a las de las boticas, con sus pesas de onza y fracciones, espátula con mango de cuerno de venado, blanquísimo delantal de tela criolla de algodón, manojo de **puros chircagres** negros y nudosos, eslabón o yesquero en forma de perro corriendo en cuyas patas mantenía el acero o chispeante y en cuyo amplio trasero se ensartaba la mecha amarilla de la yesca; y el correspondiente pedazo de piedra de chispa; traía además un abollado estuche de hoja de lata conteniendo un par de lentes anchos y redondos como

los que pintan a horcajadas en las narices de don Francisco de Quevedo.

Ña Estéfana se entró de rondón hasta la cocina en donde Manuela la desayunó con café, pan dulce y quesadillas. Allí la estaban esperando, listas para la faena, a brazo desnudo y bien lavado, Ñá Jacinta, mujer madura, rubia y coloradota y Chepa Meléndres, mestiza de buen ver, ambas peritas en el manejo de los **metates** o piedras de moler, para lo cual Dios las había provisto de bien desarrollados **lagartillos** o bíceps, anchas y recias espaldas y rabadillas de probada resistencia y elasticidad.

Y, naturalmente, allí estábamos también Félix, el viejo cínico y rascarrabias, servidor de la casa desde tiempo inmemorial, y "el pecosillo", este muy humilde servidor de ustedes, siempre metido en docena y siempre dispuesto a prestar su colaboración en cuanto pudiera ser útil y aun en aquello en que pudiera ser causa de molestia.

La Niña Chanita, mi abuela, hizo pronto entrada para que cesara el palique entre las obreras, las cuchufletas y **viajazos** de Félix y para ponerlos a todos en plena labor.

—Bueno, dejen para otra vez la conversación y, a la tarea! Vénganse a los **comales** y nada de perder tiempo!...

En unos braseros de fina leña de guayabillo y sobre sólidos **tinamastes** de piedra, se calentaban tres amplísimos **comales**, (especie de gruesas cazuelas chatas de arcilla de fábrica **escasuceña:** en cada uno se fueron vaciando **huacaladas** de cacao en grano, limpio de polvo y bien lavadito, libre de almendras quebradas o dañadas; cada una de las mujeres atendía a removerlo constantemente con una paletilla de madera a fin de que el tueste fuera parejo y que no se quemase; Félix cuidaba de atizar los braseros y Ña Estéfana vigilaba con grandísima atención a que la cosa no dejara nada que desear en cuanto a igualdad y punto, como que de esa operación dependía el buen resultado de la molienda. Yo mantenía llenos los **huacales** tomando el cacao de la mesa en donde había sido cuidadosamente escogido la víspera e iba recogiendo **huacaladas** del tostado que primorosamente depositaba en sendos canastos de junco colocados a la vera de las piedras de moler.

—Hombré, Félix, preguntó Ña Estéfana haciéndole un guiño a las otras, decime, en qué paró Filomena, la has vuelto a ver?...

El aludido dió un gran **respingue** como si lo hubiera mordido una víbora y encendido en cólera, escupiendo el cabillo de tabaco que se estaba fumando, plantó la pataza a la colilla hasta hacerla un **espururo** y contestó:

—¡Cuándo había de faltar la **chicha** en Cot! Lo qu'es a vos no haiga miedo de que te se pudra la lengua de no usarla; mirá, haceme un gran favor por **tuiticos** los santos; **mentame la mama** si es que tenés tanta gana de **ventosiarte** el hocico, pero a esa... tal por cual, no me la mentés ni en sueños...; hacéme ese favor... Y poné cuidado, porque tamaño rabo arrastrás; ¿cómo te gustaría que yo te preguntara si has vuelto a ver a **Ustaquio?**...

La vieja se encabritó; se arrancó de un tirón los espejuelos y achicando los ojillos como dos chispas soltó la sinhueso:

—¿Qué me querés encarar con eso? **Baboso! Ustaquio** y yo nunca juimos casaos como vos y Filomena; y él no jué el que me dejó **ispiando pa'l ciprés;** yo juí la que lo eché de mi propia casa pa que aprendiera a ganarse los frijoles, porque toda la vida no ha sido más que un vagamundo **arrimao como vos**...!

Intervino Ña Jacinta:

—Sosiéguense, **respecten** la casa, **mal dotrinaos!** Ombré, ni si jueran criaturas acabadas de **espechar!** Dejen de **meniar** cochinadas que ya van largo y si son buenos cristianos **acuérdesen** del Padre Nuestro onde dice "perdónanos nuestras **diudas** así como nostros perdonamos a nuestros **diudores".** Ya están viejos pa esos alegatos y saben que los **chingos curtios** se lavan de puertas adentro y no en media plaza...

—Pos ya volvió a nacer mi mama!, dijo Estéfana; ya tengo otra vez quién me regañe; pa cura debiste haber nacido; sos **nonis** pa los sermones unque no lo haigás sido pal buen ejemplo; dos muchachas has echao al mundo y a naide le costa que podás cargar más apelativo que el de tu mama...!

—Libre juí dende que aprendí a ganame la vida y a naide más que a Dios tengo que dale cuenta de mi conduta; y ya se acabó la **custión** conmigo y si querés seguir alegando, hablá con éste, dijo Jacinta volviéndose de espaldas y dándose una sonora palmada en el rollizo asentadero.

—**Chúpate ese güevo** y volvé el otro lao de la geta, entrometida!, exclamó Félix soltando una estentórea carcajada.

—A ruin bagaso, poco caso. A vos te pregunté porque me dijeron onde las Solanas qu'es que te habías juntao con Filomena... replicó la vieja enredadora y solapada, a sabiendas de que estaba inventando la mentira para calentarle la **jupa** al pobre Félix.

—¿Quién, yoooo?... Félix Hidalgo Conitrillo, volvese a juntar con esa grandísima... Yoooo? Ni en l'hora de boquiar, ni que me lo **desijiera** el padre!... Tenélo entendido vos y las Solanas y cuantas lenguas sucias barren el suelo pa venise a meter en mis cosas; oyílo bien y si la lengua no se te enreda, andá repetíselo a esas **cascabelas:** Félix Hidalgo es probe, pero tiene vergüenza y dinidá. Y se golpeó el escuálido pecho con el puño cerrado.

—Pos ya está, hombre; no te calentés asina, que te vas a hogar; ya está; nu'ay por qué hacer **tuitico** este descándalo; ya está!

La única que durante la tempestad no mosticó palabra contentándose con menear la cabeza de cuando en cuando y en abrir desmesuradamente los ojos cada vez que sonaba una expresión dura, como si fuera la primera vez que heria sus delicados tímpanos, fué Chepa Meléndres.—Ella bien sabía que, de todas las del grupo, era la que arrastraba más cola fácil de pisar.—Machete, estáte en tu vaina!...

Es que a Félix,—quien se batió valerosamente en la Guerra Nacional contra el filibustero Walker, en 1856, y de donde sacó un balazo que le medio paralizó el brazo izquierdo y que a su vuelta se casó con una linda moza de Aserrí, más pizpireta que ternera de año,—se le escapó la cónyuge casi en plena luna de miel y se largó para el Guanacaste con un marimbero decidor y jacarandoso que se propuso **entotorotarla.** Desde entonces, Félix, que había sido muchacho de chispa y de donaire, se trocó en hosco y rascarrabias y en enemigo hostil e irreconciliable de cuanto ser humano llevara faldas.

—Mirá, pecosillo, me decía una vez mientras me fabricaba una carretilla de madera; cuando **siás** grande no les hagás caso a las mujeres; llevales el corriente y entretenéte con ellas y **apercollá** cuanto te caiga en las manos, pero zafales el bulto y no ti'asomés nunca a la sacristía con una de ellas; Dios te libre! **Zafo** de las de esta casa que yo respecto como santas, juera de esas, no daría yo esta cuchilla, ni este cabo de puro por media docena...

Y en vísperas de la boda de una de nuestras sirvientes, galana y fresca como mango maduro, tan buena y virtuosa como linda, con un barberito enclenque y desteñido, pero laborioso y honrado, Félix se atrevió a **meter cuchara** haciendo esta observación de doble filo:

—**Achará** la muchachota, tan buena pa lo que se ofrezca, irse a casar con ese hombresillo...!

—Pero si él, es muy bueno y la quiere mucho... le objeté.

—Pues no ves que hoy no hay **endividuo?**... O ella lo da muerto antes

del año, o si antes se le olvidan las dotrinas que ha recebido en esta casa, se le va con uno de los músicos de la banda; acordate de mí que así va a suceder... Yo las conozco!...

Cuando ya todo el cacao estuvo tostado a satisfacción de Ña Estéfana, procedimos todos a la tarea de la **pela**, resobando de uno en uno cada grano para despojarlo de la piel retostada que fácilmente se desprendía, quedando los granos limpios y relucientes. La película se aventaba, pues hubiera comunicado sabor amargo y de fermento a la pasta molida.

Ya Félix, en constante murmuración, había metido brasas encendidas debajo de las piedras de moler asentadas sobre el ancho poyo que abarcaba dos lados de nuestra amplísima cocina. Frente a cada una de las dos piedras se situaron Ña Jacinta y Chepa armadas de las respectivas **manos de piedra** que encajaban bien entre palmas y dedos. Cojían puñados del cacao tostado y lo iban desmenuzando con hábil y acertado movimiento de las **manos** sobre la piedra; media docena de pasadas bastaban para que el cacao se acumulara en consistencia de pasta áspera en el borde delantero de los metates, de donde se le arrancaba para echarlo sobre hojas de plátano, tiernas y soasadas.

Entretanto, Ña Estéfana con los anteojos calados y con la pesada mano del almirez, más reluciente que moneda de oro, procedía a pulverizar y mezclar a conciencia, los "olores", es decir, las especias que darían al chocolate sabor y terapéutica que contrarrestara algunos malos efectos del cacao puro y que acrecentara y sublimara las virtudes de la almendra. Mientras molía y remolía los ingredientes en el sonoro almirez, chupaba el acre **chircagre** que había ya por octava vez encendido en la humosa lumbre de la mecha del chispeante.

Yo la acosaba a preguntas, con esa natural curiosidad del niño que todo lo quiere saber y obediente al acicate de mi natural espíritu de constante observación.

—Pa qu'és que l'echás vainilla?

—Pa que **güela** bonito y sepa más mejor.

—Y pa qu'és la canela?

—Pa'l gusto y pa quitale lo **jelao** que hace daño y pa eso mismo son la jamaica y el clavo de olor. Es qu'el cacao sin estos "olores" es **endigesto** y da **agrura;** otras l'echan chile dulce pa'l calor y los mejicanos l'echan **achiote** esque pa dale más color y más cuerpo, pero yo no l' echo más que lo que vos ves y así es como le gusta a la niña Chanita. Hay moledoras sinvergüenzas que le arriman almidón de yuca o harina de maíz pa que rinda y así es como engañan a los cristianos vendiéndoles tamaños panecillos a **dos manos** por un real. Tampoco l'echo el dulce, porque prontico se fermenta y se hace **cuchite** y aguao como babas. Juera de que a unos les gusta con dulce y otros prefieren beber **tibio** qu'es deviaje sin dulce.

Hechos polvo impalpable los "olores" y pesado el tanto estrictamente necesario para acondicionar la cantidad de cacao que se había molido, se procedía a la "segunda mano", que consistía en pasar nuevamente la masa áspera, en las piedras recalentadas, añadiéndole entonces con gran cautela, la conveniente proporción de especies que Ña Estéfana se encargaba de distribuir con la punta de la espátula cacha de venado. Y Jacinta y Chepa pasaban y repasaban con vigoroso resbalar de las **manos de piedra** sobre la lisa superficie de los **metates** calientes.

Ya Félix había extendido sobre las tablas delgadas de cedro que formaban los anaqueles del arcón, las hojas tiernas de plátano pasadas rápidamente sobre el gran brasero, listas para recibir las ringleras de aromáticos panecillos. Ña Estéfana iba recogiendo pasta remolida, con la espátula, y con experto empuje del dedo índice sobre la lámina de acero, hacía desprenderse un chorrito de cacao que al caer sobre la hoja de plátano formaba un panecillo piramidal con punta retorcida, el que paulatinamente se iba aplastando y solidificando, casi hasta adquirir la forma de una gruesa moneda.

El arcón de mi casa, de recios tablones de cedro, medía no menos de una vara de profundidad, dos varas de largo y vara y media de ancho, de modo que en sus entrañas podía guardar doce tablillas en cada una de las cuales se aposentaban en alineadas filas no menos de novecientos panecillos, de modo que, al echar llave al armatoste, concluída la molienda, bien podía calcularse que dentro quedaban esperando el advenimiento de la **jícara** y del **molinillo,** al rededor de diez mil panecillos de theobroma odorata para regodear el paladar de nuestra numerosa familia durante todos los días del año y para darnos alientos y vigores y otras virtudes que el mundo científico ha descubierto en la maravillosa almendra con que se regalaban los Emperadores Aztecas, Toltecas y Mayas y sus cortesanos.

Y era al terminar la faena del **chorriado** y la del almacenamiento, que yo cobraba mis bien ganados honorarios por todas mis fatigas; por las quemadas al renovar los braseros bajo las piedras, por atizar el fogón, por **enchilarme** los ojos con el acre humo de los tizones, por darles las primeras majadas a las especias en el pesado almirez y por mil vueltas y revueltas para esto y para aquello que a cada rato ocurría. Mis honorarios consistían en la libertad y exclusivo derecho de raspar las piedras sacándoles el cacao que hubiera quedado adherido, sobre el cual se me daba título de propietario. Empeño y maña me producían una regular pelota de la aromosa pasta, la que primorosamente mezclada con azúcar negra, llamada entre nosotros **dulce de rapadura,** no se desprendía de mis churrientas manos, hasta que los labios y la lengua habían agotado la última molécula.

Ña Estéfana, Ña Jacinta y Chepa Meléndres, a más de su jornal en moneda corriente, se llevaban su no menudo envoltorio de aromáticas monedas de cacao. Sólo el adusto Félix volvía a su covacha, siempre murmurando, y cuando yo lo instaba para saborear mi confitura, exclamaba:

—Yo no como esa cochinada **manosiada** por esa vieja lengua larga; sería como tragarme un veneno de los más mortales... A mí dénmen café qu'es la bebida d'esta tierra por la que me baliaron y no esas **cuitas** de lora untadas del dedo d'esa invencionera cara de lechuza espantada!... Hombré,... juntarme yo otra vez con... Mirame la seña...!

Los poemas de Emma Posada

Por SALVADOR CAÑAS

= *Envío del autor*. San Salvador, El Salvador =

Los poemas de Emma brotan en instantes alucinados. El amor lo siente como fontana misteriosa. A veces la fontana llora, pero sin alargar demasiado su quejumbre, aunque el dolor deje su desgarradura. Porque el amor tiene para Emma la virtud fortalecedora. Está en camino de universalizar el amor. Intuitivamente sabía de su poder. Las verdades eternas se afirman cada día en el devenir de este sentimiento profícuo. Las creaciones artísticas se encienden como luminarias a través del tiempo.

Ahora Emma posee el conocimiento gozoso del amor. El frutecer espiritual adviene henchido de maravillas. Un pueril motivo fué el milagro. Hubo la tormenta precursora de la amanecida esplendorosa. Vive el instante de gracia de los místicos, de los poetas y filósofos. Y debe ser audible su oído para escuchar el ritmo eternal de las cosas. Si pasa el instante de gracia sin penetrarlo, surgirá la tragedia. Quiere **la lengua ágil y la palabra blonda,** porque aspira estar en trance para la comprensión vasta. Sueña con la sencillez franciscana para lavarse de ambiciones, y sentirse fresca, prístina, humana y dadivosa. No es una derrota. Es la transmutación del alma en búsqueda de su verdad. Para amar al Señor le basta el corazón. Un corazón santificado por las pruebas duras. Porque Emma necesita identificarse con el dolor. Formar la unidad. A fuerza de sentir el dolor humano conquista sapiencia divina.

En medio de los vendabales, Emma es rebelde. Bella rebeldía. Su renunciación a todo lo que la encantó, es una verdad arrancada a la fantasmagoría de un ilusorio reino. Tuvo el valor de acercarse a ese reino, y se iluminó de feéricas luces, y se perfumó con las esencias más ricas, sin perder su fuerza. Nada le importa. Pueden llevárselo todo. Pero su alma, íngrima en la desolación asperrima, bastándose a sí misma, avienta el grito que pudo ser una blasfemia. **Que se quiebre la espiga en las manos del frío viento de enero, que la fuente no cante, que el rosal no florezca.** En su mismo renunciamiento encontramos el sentido filosófico de su situación frente a la vida y al misterio. Se creería que el pesimismo ennegrece las fuentes de la bondad y la esperanza. Sin embargo, quiere ser **copa larga y fina en que se vierta vivo aceite de consolación.** Su pesimismo no se traduce en la espera fría de la muerte, sino en la aspiración de transformarse en consuelo para los amargados.

Y será también la sombra inseparable. Como siente el amor en su eternidad, sabe que estará con el amado en los momentos de fatiga y duelo. En vez de una sombra, debe ser luz desnuda que preceda los pasos en el camino inédito. La luz jamás aprisionada, inasible, para que brille siempre como un misterio. El olvido no llegará porque ella es radiosa síntesis. Es superior al objeto amado por los soplos universales de su amor. En las noches de soledad, cuando el alma se siente sin amparo, el canto florece jubiloso por un celeste designio. Cantar para el angustiado que se extravía por su culpa. Cantar por la belleza misma del canto en el páramo infinito. Y si la muerte llegara de pronto, su canto quedaría en los vientos aliviando al triste.

Su pan no es el fruto de una conversión. Poco ha trajinado ella por los senderos sin misericordia. El dolor nació con ella. Lo trajo como sabiduría de los dioses. Se le hace arrullo, o grito desconsolado, o le alarga las manos en un ansia de dar. Ofrenda su pan al caminante para reconfortarlo en su hambre de amor, de verdad, de belleza. Y no quiere nada para sí. A manera de la mujer bíblica, su contento está en dar al que necesita. No espera nada. Sigue su camino. Para ser angélica renunció a sus propios bienes. Ella aspira la comprensión irradiante. Ofrece el agua virgen al sediento, la sonrisa al atormentado. No le importa ni la inclemencia del guijarro ni la sordidez del mentecato. Reventarán a sus pies las rosas y el cielo será una magia insospechada.

La filosofía sedante de la espera optimista. Se apagará la lumbre, el arroyo puede consumirse, la flor deshojarse, sin embargo esperemos nuestra hora. Nos invita a la filosofía de saber esperar. Pero a esperar acendrándonos en la verdad y la belleza. A esperar sin petrificarnos. Alertas a nuestra hora. Emma adelantó a su juventud un conocimiento prematuro. La hora del amor, la hora de la justicia, la hora de las eclosiones luminosas, llegarán en el discurrir inevitable de los días. Aun para las violencias reivindicativas esperaremos la hora propicua. A la muerte misma esperémosla con la cara optimista del que desentrañó los secretos en el epicúreo festín.

Se asomó a la miseria del barrio. Hambre, dolor, frío. Intemperie lúgubre como noche de invierno. Mujeres macilentas de tanto trabajar y parir hijos. Hombres recios por la lucha enconada. Hombres hoscos por el zarpazo de la injusticia. Hombres estigmatizados por el vicio y el crimen. Niños flácidos. Niños de miradas mortecinas. Futuras víctimas de regímenes torvos. Esto lo vió Emma sin sentir hondamente la desolación de nuestros barrios en su abandono deletéreo. Esperemos que el proceso de su formación espiritual la lleve a conocer de cerca los aspectos de la ciudad vertiginosa y materialista.

El misterio de la muerte la inquieta. Levemente lo toca. Su intuición de artista le anticipa las grandes verdades. Imaginativamente viaja por los lagos de la serenidad imperturbable. Y regresa con el alma grávida de tesoros estelares. **La paz larga de la muerte se va volviendo luminosa.** Pensamiento paradojal el de Emma. Al parecer sí. Pero adentrándonos en ese pensamiento la paradoja resulta una verdad. ¡Qué profundo misticismo el de esta criatura hechizada!—La muerte nos vuelve luminosos. Como si hubiera espigado en los campos del filosofar rudo, erige una actitud bella. No se ha liberado todavía de las cosas que nos pegan a la tierra y dice una verdad. Porque debemos sentirnos libres para enfrentar el misterio de la muerte. Los santos, los filósofos,

Algunos poemas de Emma Posada

= Envío de *Salvador Cañas* =

MI PAN

Mi pan de cada día lo hizo un bello dolor. El dolor que me cuajó dos alas en el espíritu. El dolor que trajo a mi arcilla morena aromatizada de alma nueva, la vida clara y rumurante del arroyo y el ansia profunda de adentrar la belleza de los ojos al corazón. De atesorar, de embellecer, de dar.

Mi pan es suave, con suavidad de seda. Sustancioso porque ha sido hecho con el trigo del dolor y deja en la lengua el matiz de angustia que se imprime en las palabras.

Cada día es más puro y más suave. Cuando llegue a la suprema pureza y suavidad, yo iré por los caminos hastiados de sol, buscando al hambriento; lo encontraré en un recodo, con las ropas rasgadas, con las carnes heridas, tendrá en las pupilas sed de Dios y en la boca la florecencia de los cardos del hambre.

Con la pureza de mi pan el peregrino sanará; mi pan pondrá una luz en sus ojos y una canción en sus labios. El peregrino sanará y yo seguiré mi camino buscando el hambre y la sed para saciarlos.

TU HORA

Si la ingratitud del amigo fué garra que rompió tu carne buena y suave hecha para amarlo; si la estrella se apaga cuando quieres cuajar su luz en tus pupilas, hechas para mirarla; si el arroyo se consume cuando sedienta iba tu lengua a saciarse en su agua; si la flor se deshoja y la brisa se arisca y la nube se esfuma, no es "tu hora".

Todo eso es tuyo; pero no es tiempo de que abras tu espíritu y ensanches tu corazón para tomarlo...

Por eso, porque no esperaste a que fuera oro el fruto del húmedo ramaje, por eso no encontraste en él la miel que tus labios pedían. Siempre te adelantas o tardas mucho.

Por eso, el amigo te fué infiel, la estrella, el arroyo, la flor, la brisa y la nube. Espera; de nuevo la estrella se iluminará; el arroyo surgirá retozón. Todo será tuyo. Espera "tu hora".

(Pasa a la página siguiente)

los revolucionarios, primero definen su posición ante las leyes inexorables, para darse a su obra. Emma, que es una chiquilla embrujada aun por los aladinescos ofrecimientos de la vida y el amor, de pronto frena el delirio de las cosas de su juventud, y sin dogmatizar nos dice esta verdad fragante: **la paz larga de la muerte se va volviendo luminosa.**

Emma pasó un tiempo callada. Parecía perdida en un torbellino de ideas y emociones. Muchas dichas tocaron a su puerta y muchos dolores le hincaron sus dientecillos en la carne afelpada de su alma soñadora. Creyó no encontrarse jamás. Sin embargo, el cielo gris, quizá demasiado gris, un día amaneció radiante. Y ha vuelto a cantar la gloria de sentirse otra vez dueña de sí. La eternidad del dolor vivida en la sombra fugaz de un minuto adverso. Ha vuelto a cantar con la irreverencia del pájaro enloquecido en la mañana de oro, después de la noche hórrida. Faltaba este atributo a su temperamento: la irreverencia. Emma es ahora irreverente contra la forma postiza, irreverente contra el simulador de la belleza o del sentimiento, irreverente contra las ideas roñosas. Es otra Emma. Para su ventura es alma convertida en llama de amor, pero de amor depurado por el dolor. Su inocencia de niña que da sus riquezas interiores, no ha desaparecido, pero se hizo fuerte a las embestidas y honda para el arte perdurable.

Algunos poemas de Emma Posada...

MI MUERTE

El reloj sigue, sigue goteando minutos. El canto agorero de la lechuza vuela sobre las sombras. El amor es un ovillo perdido entre los corazones mugrientos, fragmentados de dolor. Y la paz de la muerte; la santa paz de la muerte, la paz larga de la muerte se va volviendo luminosa.

En las chozas de los pobres azota su mal; como quien toma un racimo fresco de uvas negras y sobre el río se pone a apretujarlas y el jugo obscuro se va silencioso en la corriente.

—Sólo una esperanza.

Sólo una luz brilla en los ojos afiebrados.

La muerte! con su santa, con su larga paz...

El reloj sigue goteando minutos. Y por el tapiz del dolor pasa una lenta caravana de tristezas...

CARACOL

Caracol, cartucho donde el mar ha guardado sus cantos. Receptor de armonías. Pergamino a medio enrollar, donde están escritos los arabescos de las olas. De trampolín en trampolín de espumas ha llegado a mis pies. Mi corazón, caracol se quedó dormido en las playas de mi cuerpo, hoy ha soltado sus enigmas; ha cantado como el mar...

El caracol que estaba a mis pies se fué en un tumulto de olas... corazón, ¿qué olas te llevarán?

RINCON DE BARRIO

Pocilgas; nidos de hambre, sed y frío. El pan negro y duro temblando en la mano mugrienta; el hambre a flor de ojos...

Harapos, hedor, blasfemias agrias, melenas ariscas sobre frentes marchitas.

Chiquillos que juegan con las penas; el cuerpo enfermo, la mirada huraña. Madres con el hierro lacerante del dolor en las carnes y la oración sin fe entre los labios. Hombres aguardentosos, brutales, el alma emponzoñada con sarna de perro.

Entra la noche en el barrio con luces tibias y la música lejana de un viejo organillo.

Y, aun de lejos, nos llegan gritos de los miserables. ¡Oh, los miserables!

COMO UNA SOMBRA

Cuando tu vino se vuelve amargo y salobre tu pan, te acordarás de mí; porque fuí vino en tu regocijo y agua pura y fresca en tu cansancio y sed.

Cuando el ala negra y afelpada de la angustia, obscurezca tu senda, te acordarás de mí, porque mis manos, ¿recuerdas? florecieron sobre tu frente atormentada como dalias serenas.

Llevas aún la fatiga y el polvo de mi largo camino, las desgarraduras de mis cardos tristes y la brisa ligera de mis noches calladas. Bebiste en vaso de arcilla fina, los acres zumos de mi dolor, y no puedes, no puedes olvidar su sabor.

Porque fuí miel, y jugo negro y brisa fresca y nube de tormenta, no me podrás olvidar.

Estaré en tu tarde apacible, hiedra sedienta, bebiendo la alegría de tu corazón. No me podrás olvidar. Seré una Sombra en todos sus senderos.

RENUNCIACION

Llévatelo todo. Señor, nada me importa. Que se quiebre la espiga en las manos del frío viento de enero, que la fuente no cante, que el rosal no florezca. Deja que vaya, así, desposeída, deja que la ortiga queme la seda de mis plantas y que no haya ni una estrella en el sendero.

De mi cuerpo, toma el resedo que lo aroma.

Llévatelo todo!

Toma!

Sólo quiero ser copa larga y fina en que tú viertas vivo aceite de consolación.

Y aunque el dolor tienda sobre mis hombros sus alas de cuervo y rompan las lenguas el rojo cristal de las blasfemias, me verás como un lirio con el corazón abierto, me verás como un lirio con el corazón en alto.

Desposeída, voy sin velos ni nardos contra el cierzo loco y el huracán traidor, volviéndome de tal manera suave y aromosa que, cuando humedezcas mis labios con el silencio largo, entonces, ya sólo seré un gajo de rosas a los pies de la Muerte.

SEÑOR!

Señor, hazme la lengua ágil y la palabra blonda; la mirada fina a manera de que entre por todo hueco de alma, y la mano, Señor, sedeña, y aliviadora como gardenia de paz.

No quiero espíritu como ánfora de porcelana bohemia, ni como vaso de arcilla de Grecia; me basta, Señor, con una humilde cántara de barro obscuro aromada de sol.

El ánfora, Señor, es para las pedrerías. El vaso de Grecia para sangre de uvas. Barros ásperos para agua de montaña! Agua, el verso más claro en las entrañas de la tierra...

Para mi hambre, Señor, trigo de la espiga más amiga del viento, miel gozosa y dorada, fruto de jugo y pelusa.

Para mi cansancio, Señor, la sombra del árbol recio y el frescor de la brisa.

Para amarte, Señor, para amarte todo me lo haz dado. Para amarte, me basta con el corazón.

Emma Posada

(Viene de la página anterior)

El dolor se ha hecho saeta en el espíritu. Hambre, sed y frío. Huimos. Los ecos de ese abismo de miseria remedan el paso de las cabalgaduras jineteadas por el hambre, la peste y la muerte.

Un caso ejemplar

JUNTA DE EDUCACION DE HEREDIA

Heredia, abril 30 de 1934.

Sr. don Joaquín García Monge,
Director del "Repertorio Americano".
San José.

Muy estimado señor:

La Junta de Educación de Heredia ha comprendido siempre la importancia cultural del Repertorio Americano, *que Ud. con devoción y sacrificio elogiables ha venido sosteniendo en nuestro medio, casi sordo a esos requerimientos espirituales. También ha visto en sus funciones, esta Junta, en esa revista, una importancia muy estimable como índice señalador en una aspiración de mejora profesional para los maestros, y ha acordado, en su última sesión, servir para las cinco bibliotecas de las escuelas que cuida, sendas suscriciones de esa prestigiada revista, el* Repertorio Americano. *En consecuencia, ruego a usted enviar, y con esa dirección, a comenzar del mes próximo, la revista, a cada una de las bibliotecas de las escuelas: "República Argentina, Braulio Morales, Nicolás Ulloa, Joaquín Lizano, y Rafael Moya".*

Con mi consideración distinguida para Usted, quedo a sus órdenes muy atento servidor,

Mario Flores
Presidente de la Junta de Educación de Heredia

Digamos de paso—es justo decirlo—que últimamente la Junta de Educación de Puntarenas, y en todo tiempo la de San José, han hecho lo mismo.

Jorge Guillermo Leguía

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

= Envío del autor =

Los que admiramos en Jorge Guillermo Leguía al intelectual de estirpe —hombre de nuestro tiempo, torre alerta a todos los rumbos—y al amigo plenario—desinterés, cortesía, cordialidad,—no podemos resignarnos a creer en la noticia de su muerte.

Jorge Guillermo Leguía fué uno de los más serios historiadores de su país, de los que tratan de interpretar la vida peruana en sus aspectos más disímbolos; pero iluminando el conocimiento con los resplandores dignísimos de la clara americanidad. Universitario que comprendía su misión de conductor, de animador, de maestro, estaba reciamente preparado para las faenas ímprobas de la búsqueda en el archivo y en la biblioteca; y de ahí la eficacia de su magisterio, la fuerza y la gracia con que vitalizaba las páginas que iba escribiendo para darles un día—que acaso ya se frustró—el tono de la verdad radiosamente cincelada. No la anécdota, ni el frívolo episodio, porque eso es chismorreo y no historia viva, realidad penetrante, numen creador. Se le podría aplicar, sin hipérbole, el elogio que él consagró, desempolvándolo de la antelogía, a un colega muy querido: "lleva el polvo de las bibliotecas sobre las alas de Ariel".

Y así surgió su magnífico ensayo "Historia de América", escrito con visión sagaz, redactado con criterio que despertó admiraciones. Un manual que pudo catalogarse con decoro, si se le cita, por ejemplo, con los libros de Barros Arana, de Ricardo Levene, de Carlos A. Villanueva y con el otro, con el eruditísimo "Compendio de Historia Americana y Argentina" de Carlos Bosque. No hace mucho que al redactarse el programa de Historia de México para las escuelas secundarias, el Colegio de Profesores de esta disciplina tuvo muy en cuenta el manual de Leguía para poderse aconsejar respecto al método a seguir, que ha culminado felizmente en la obra que nos da, como fruto pleno de la cátedra, Luis Chávez Orozco.

Indagador pertinaz, sutil curiosidad, anchura de entendimiento; eso fué Jorge Guillermo Leguía, el historiador que acaba de morir. Pertenecía a una pléyade de espíritus bien disciplinados que en su país ya tienen ejecutorias que traspasan fronteras: Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez, Jorge Basadre. Los cuatro me parece que mejor representan el fervor metodizado, el don crítico, la pasión comedida que echa en crisoles el documento inédito, el relato parcial, para extraer de ellos el oro de la ironía humana.

Releyendo sus cartas, que eran visitas generosas en las que siempre fulguraba su interés por conocer la plena realidad americana y su insaciable apetito de lector, me encuentro una del 21 de marzo de 1923, en la que hablaba así:

"Preparo actualmente un estudio biográfico de don José Gálvez, patricio peruano que inició entre nosotros la noble y, por desgracia no continuada tarea de laicalizar nuestra legislación. Como desearía conocer los decisivos esfuerzos realizados en ese pueblo, le estimaría enormemente se dignara indicarme la bibliografía referente a la obra de Juárez y a sus sucesores. Prefiero los estudios de carácter crítico y propugnadores del sistema. ¡Qué satisfactorio sería para mí encuadrar la actitud de Gálvez dentro de las tendencias imperantes en las primeras décadas de la segunda mitad del pasado siglo en nuestro Continente!"

Un día, pasada la tempestad política que lo aventó a playas de Panamá, lo vimos de nuevo en Lima, instalado en donde lógicamente debía estar: al frente del Museo Bolivariano, que está en la Magdalena Vieja, y organizando y dirigiendo el Archivo de la Universidad de San Marcos. De aquella época es otra de sus cartas: "El 29 de agosto—me decía—estuvo en Lima don J. T. Medina, de paso para Europa. ¡Qué satisfacción para mí estrechar la mano de ese hombre maravilloso! Don José Toribio se muestra muy resentido con México, cuyo país,—en su concepto—no lo estima. ¡Cómo hicieran ustedes para que el gran viejo modificara su opinión!" Le contesté que era injusto el glorioso historiador chileno al dudar del cariño que aquí se le tenía y que justamente se le había concedido—en premio a sus altos merecimientos—la categoría de profesor honorario de este Museo Nacional, distinción que solamente ostentaban eminencias de la altura de Seller, Nuttall, Maudslay; y poco después, haciéndome heraldo de sus deseos, lo propuse—y fué aceptado unánimemente—Vocal del Consejo directivo del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que tiene su sede en Tacubaya.

Jorge Guillermo Leguía deja un historial insigne en las letras de América: sus libros "Lima en el siglo XVIII", "El Precursor", "Elogio de don José Gálvez", "Historia de América" y numerosos escritos en "Mercurio Peruano" y "Estudios" de Panamá. Se preparaba a publicar el libro inédito que sobre Bolívar en el Perú dejara su ilustre padre, otro gran escritor, don Germán Leguía y Martínez.

Muere Jorge Guillermo en plenitud de luz mental. Si como peruano supo cumpliar su deber buscando en la Historia caminos para su pueblo, como amigo nos deja la pureza de su amistad, lo leal de su alma, el ejemplo de su obra sin concluír y la alegría que se hizo afán, resonancia y amor.

México, D. F., febrero 1934.

Libros y Autores

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y las Casas extranjeras)

Por el Instituto de las Españas de Nueva York, nos llega:

Gonzalo Zaldumbide: *Significado de España en América.* New York. 1933.

Nuestro amigo Alfonso Reyes nos envía:

El N.º 2 del Año I, de *Espirito Novo*, excelente mensuario de Arte, Literatura Economía y Ciencia, «orgao de expressao das nova geraçoes sul-americanas». Redacción y Administración: Rua da Quitanda, 72. 1.º andar Río de Janeiro.

Antonio de Fuente La Peña: *Si el hombre puede artificialmente volar* (1676).s. Con cuatro grababos de Margueritte Barciano. Río de Janeiro. Edición de Alfonso Reyes. 1933.

Envíos y ediciones de la benemérita *Espasa-Calpe*, S. A. Madrid:

De Elisa López Velasco, del Grupo escolar «Cervantes» de Madrid: *La práctica de Dibujo en la Escuela Primaria.* En cuatro tomos empastados.

De José Lillo Rodelgo, Inspector de Primera Enseñanza: *Primeras lecturas civiles.* Deberes y derechos ciudadanos. Conocerlos, amarlos, cumplirlos.

N. A. Rimski-Korssakow: *Mi vida musical.* 1844-1906. Editor: Bruno del Amo. Madrid. 1934.

Ramón de Belausteguigoitia: *Con Sandino en Nicaragua. La hora de la paz.* Madrid. 1934.

Extractos y otras referencias de estas obras se darán en ediciones próximas.

Idealismo colombiano...

(Viene de la página 280)

una injusticia para que el universo no se trastorne, deja que el universo se trastorne". Y medio siglo después (1932) otro presidente de la república, el señor Olaya Herrera, ante el conflicto internacional de nuestra patria con la hermana República del Perú, reasume esa tradición en grave documento público.

Es la preocupación constante de nuestros conductores de todas las etapas de la historia nacional. El presidente Rafael Núñez, educado políticamente en Inglaterra, y hombre tenido por escéptico y muy aplicado a las soluciones de un pragmatismo rudo, proclamó en el documento más importante de su carrera oficial que "si aspiramos a ser libres es preciso que comencemos por ser justos". Y como quiera que su orientación política asumiese el lema de "Libertad y Orden", en que la aspiración a este último opacó un tanto a la primera, otro de nuestros presidente, Carlos E. Restrepo, en reacción muy enérgica exclamó un día: "Cuentan que uno de mis antepasados reclamó alguna vez de rodillas la libertad de los esclavos; yo hace mucho tiempo que estoy de pie reclamando la libertad de los libres".

Y no solamente por la libertad y por la justicia americanas abogaron nuestros hombres: veces hubo en que casi disolvieron el mandamiento fundamental de patria y de ciudadanía en ingrávido idealismo. Algunas constituciones nuestras establecen que basta la mera expresión de la voluntad de un hispanoamericano ante la autoridad colombiana para entrar en el ejercicio de la ciudadanía; y el presidente Murillo Toro quisiera ceder la Bahía del Almirante a Costa Rica a cambio de que intercalase en su constitución el artículo XV (sobre los derechos individuales) de nuestra libérrima del año 63, y así transigir un pleito de límites con un gesto franciscano de evangelización política que dejaba estupefacto al árbitro español don Alfonso XII, según relato de don Carlos Holguín.

Esta vocación de justicia la condujo prestamente a propugnar avanzadas tesis jurídicas internacionales, tal aquella del arbitraje en que posee gloriosa tradición, pues sentó el principio desde sus tratados de 1822 con Chile y Perú; tal esotra de la libre navegación de los ríos comunes que siempre defendió y hasta elevó a canon político por ley de 24 de mayo de 1856, y más lejos alcanzó todavía en esta ruta del altruísmo manteniendo constantemente su propósito de internacionalizar el Canal de Panamá... cuando era suyo.

Proclamó, primera entre primeros, que la victoria no crea ningún fuero de conquista, y para definir este hermoso postulado del derecho internacional de América fué hasta el extremo límite cuando afirmó en su primer acto constituyente de 1831: "No se admitirán pueblos que separándose de hecho de otros Estados a que pertenezcan intenten incorporarse en la Nueva Granada". Lealtad y magnanimidad conjuntas que incorporó en la historia del Continente todas las veces que se halló victoriosa en lucha internacional: Capitulación de Ayacucho en 1824, capitulación de Tarqui en 1829, capitulación de Cuaspud en 1863.

Y no por egoísmo racial o territorial, pues esas lealtad y magnanimidad las aplicó en la formación y en la disolución de la Gran Colombia. Es oportuno recordar que a esta importantísima confederación aspiraba desde 1811 nuestro Presidente Jorge Tadeo Lozano, y que Camilo Torres en su programa de constitución para "Las Provincias Unidas de la Nueva Granada" a ella invitó discretamente. Y cuando los conductores políticos de Ecuador y Venezuela la disolvieron, Colombia declaró, 90 años antes de que Woodrow Wilson, la libre determinación de los pueblos, sin movilizar un fusil entonces, ni más tarde cuando su impetuoso presidente Tomás Cipriano de Mosquera la evocaba otra vez con efusivo anhelo en nombre de Bolívar, en nombre de América y en nombre de la humanidad.

Para cerrar este discreto análisis de la contribución de Colombia a la génesis del derecho internacional americano quisiera recordar también que su representante don Manuel Torres fué quien sugirió a la cancillería de Washington la declaración que con el tiempo habría de llamarse "Doctrina Monroe", y que nuestra pequeña República permaneció fiel a ese principio de americanidad cuando un poco menos de un siglo después de proclamado se negó a participar en el gran conflicto europeo, y permaneció lealmente neutral, aunque muy tentadoras perspectivas de embargo de buques tuvo en sus puertos, muy dolorosas restricciones se le impusieron en lo que entonces se llamó "lista negra" y muy tenaces insinuaciones de poderosísimos gobiernos.

Esta conducta que enaltece la libertad, la justicia, la magnanimidad y la americanidad consuetudinariamente durante toda su existencia de nación soberana, la expresó en las palabras de su himno (1880) dándoles el acento de universalidad que encausa asimismo su pensamiento, en cuanto a una comprensión simpática se refiere, a pesar de ser una tan pobre pieza literaria:

Lo colombiano:

Soldados sin coraza
ganaron la victoria.
....
....
De Boyacá en los campos
el genio de la gloria
con cada espiga un héroe
invicto coronó.

Lo americano:

¡Independencia! grita
el Mundo Americano:
Se baña en sangre de héroes
el Mundo de Colón

Lo ideal:

Mas no es completa gloria
vencer en la batalla:
¡Que el brazo que combate
lo anime la verdad!

Lo universal:

La humanidad entera,
que entre cadenas gime,
comprende las palabras
del que murió en la cruz.

Colombia es idealista, con idealismo sustancial que le viene del alma: Los precursores de nuestra independencia en el candor seráfico de sus primeras expresiones políticas dijeron por la boca de Frutos Joaquín Gutiérrez, al presentar al país la constitución de Cundinamarca de 1811: "Admitir en nuestra sociedad a todas las naciones del mundo (si son infortunadas) para que encuentren asilo en su desgracia...

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: { El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

"El profesor inútil", de Benjamín Jarnés

Por ANTONIO DE OBREGON

= De *Luz*. Madrid =

Un día, en uno de sus libros famosos, José Ortega y Gasset dijo a los novelistas que, en nuestra época, las dificultades que existían para escribir una novela habían crecido en proporciones incalculables; que era prácticamente imposible hallar nuevos temas y que el escritor había de compensar tales taras con la exquisita calidad de todos los demás ingredientes que necesita un cuerpo de novela. Ortega dejaba una puerta abierta al optimismo del creador: "Porque fuera un error imaginar la sazón de decadencia como desfavorable en todos sentidos. Más bien ha acaecido siempre que las obras de máxima altitud son creación de las decadencias, cuando la experiencia acumulada en progreso ha refinado al extremo los nervios creadores". En la novela quedaban los filones secretos, las arriesgadas exploraciones en lo profundo. "Mas esto es faena para espíritus de rara selección".

Benjamín Jarnés, espíritu de rara selección, llegaba posteriormente a la literatura poseedor del talismán de la sencillez. ¿Sabía las dificultades infinitas que le aguardaban, las tentaciones innumerables de las que tenía que triunfar? El literato, que venía de romper con un pasado de latines y de teologías, dispuesto a habérselas con la invención en los campos de la originalidad, era forzoso que tras el anverso de joven y descuidado profesor trajera el reverso del santo que mata perpetuamente un dragón en las estampas. (Porque un buen escritor es siempre—la profesión lo lleva consigo—un San Jorge).

Llegó — en una fecha ciertamente sensacional—Benjamín Jarnés a la literatura y colocó, con manos milagrosas, en el seno mismo de lo perdurable, un libro: "El profesor inútil", que publicó la "Revista de Occidente". Colocar un libro en lo perdurable es—como el tirador que no marra un tiro o como el mártir que penetra en la gloria—una aventura bien extraordinaria.

Jarnés movió y removió la literatura. Por medio de un arte mágico que él traía — Jarnés y la Magia han hecho siempre muy buenas migas—despertaba la más sutil curiosidad. Bebía, con Joyce o Giraudoux, el néctar de los favorecidos en algún rincón universal, y por eso no se le veía en los sitios públicos. Jarnés era una señal nueva, un temblor. Valiéndonos, en principio, de una frase bella de Wilde diríamos que Benjamín Jarnés era la sombra de una emoción nueva en un estilo de plata...

Aquel libro desinfectó la literatura y las librerías. Era un camino de San-



Benjamín Jarnés

Dibujo de *Tejada* (1927)

tiago con oleajes de "río fiel". Muchos espíritus nacientes le miraron, jero Jarnés estaba perdido en la ciudad—¿cuál lucecita sería la suya entre los millones de lucecitas de la urbe? Sólo existía "El profesor inútil". Tiraba la piedra y escondía la mano. Tiraba el ingenio y escondía la razón.

Fué manual de influencias. En una Universidad de provincia yo cambiaba la Física, la Química, la Biología y la Biblia por "El profesor inútil", por toda la literatura y por toda la poesía nueva.

Jarnés triunfó notoriamente—con todas las galas que pueden adornar a un éxito verdadero— cuando "El convidado de papel"; penetró en el recinto de la biografía con "Sor Patrocinio"; se enfrentó con la novela en "Teoría del zumbel"; realizó el prodigio de "Paula y Paulita"; salió airoso de la prueba de "Locura y muerte de nadie"; descorrió los velos de la leyenda en "Viviana y Merlín"; reconstruyó a un caudillo en "Zumalacárregui", y, ya en plena fecunda madurez, arribó a las puertas de "Escenas junto a la muerte" y "Lo rojo y lo azul".

Ahora Jarnés se ha detenido en su camino. Detrás quedaban sus libros, como vagones risueños de un ferrocarril cargado de novedad y de encantamiento. Delante brincaban un Castelar, un Servet, otra novela más... El escritor ha vuelto su mirada hacia "El profesor inútil" y lo ha ojeado con malsana curiosidad. Pero las obras de arte verdaderas son inmarchitables y el libro saltó jugoso de sus manos.

Esta es la génesis de este nuevo "Profesor inútil" de 1934 que "Trótula", a cido, acaba de publicar Espasa-Calpe (1)

Es muy posible que "El profesor inútil" sea una de esas obras que están unidas a un autor durante toda su existencia. Es posible que Jarnés siga dando novelas y biografías y de vez en cuando aparezca, rejuvenecida por nuevos aditamentos, una nueva edición de "El profesor". Que éste sea como el estribillo singular de toda una caudalosa sinfonía literaria no interrumpida por ningún género de crisis.

Consta esta nueva edición del "Discurso a Herminia", "Aparece Ruth", "Zoco y bodegón", "Mañana de vacación", el ya clásico y jarnesísimo "Río fiel", terminando con "Trótula". Desde "Zoco y bodegón" al "Río fiel" nada hay que añadir a lo que se dijo cuando la primera versión. Se trata de una obra sancionada lo bastante para que insistamos sobre ella.

Las nuevas bellezas de "El profesor" actual comienzan en el mismo prólogo, piedra tallada prodigiosamente, donde el lector percibe todos los aromas y sabores que puede provocar un prodigo estilo. Sigue la anécdota de Ruth. Ya sabemos con qué galanura y habilidad recoge Jarnés frutos de mitología o de leyenda bíblica para dárnoslos en preparados de actualidad. Ruth es una introducción sobre otra introducción: el discurso a Herminia. Tantas introducciones nos afirman en la idea de un "Profesor inuútil", que envejecerá con el autor. Todo él, prólogo, tema propicio, parte de un todo, porvenir.

Pero la mayor novedad de esta vez es "Trótula", donde se manifiesta ese afán de magia que caracteriza la personalidad de Jarnés, escritor y mágico prodigioso. "Un día—explica—leyendo el libro de Finke "La mujer en la Edad Media" me saltó a los ojos el nombre de "Trótula", famosa comadrona de la escuela de Salermo, que contribuyó a encauzar la vida femenina escribiendo tratados, rivalizando con el hombre en la inteligencia de las verdades eternas".
sor inútil" de 1934 que "Trótula", a
sor inútil" de 1934 que "Thótula", a quien su autor encuentra en un cabaret y no tarda en averiguar que su vida de noche es un frívolo complemento de otra vida más profunda, intensamente dedicada al Más Allá, amante de Luzbel...

Este libro de Benjamín Jarnés es un buen alto en la caminata de un artista insobornable que se dirige hacia su perfección.

---

(1) Segunda edición. Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1934.